

Cómo citar este artículo: Tarcus, Horacio (2016), "La trayectoria de Milcíades Peña, la autonomización de los intelectuales de la *nueva izquierda* y la experiencia de la revista FICHAS (1964-66)", en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. Disponible en: <americalee.cedinci.org>

## **La trayectoria de Milcíades Peña, la autonomización de los intelectuales de la *nueva izquierda* y la experiencia de la revista *Fichas* (1964-66)**

Horacio Tarcus  
(CeDInCI-UNSAM / CONICET, Argentina)

A la memoria de  
Jorge Schvarzer (1938-2008)

Apenas apareció en los kioscos porteños el primer número de la revista **Fichas de investigación económica y social** en abril de 1964, su tiraje de 5000 ejemplares se agotó en unas pocas semanas. Fue necesario reimprimirlo. Este ávido público lector necesariamente se habrá preguntado quiénes eran unos ignotos autores y editores llamados Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit o Víctor Testa. Sólo el nombre del ensayista y poeta Luis Franco, de la generación anterior al grupo editor, tenía una resonancia mayor. En menor medida y para los iniciados en la vida política de las izquierdas, podían decir algo los nombres de José Daniel Speroni y de Milcíades Peña, dos militantes provenientes del trotskismo que venían de publicar en La Plata la **Revista de la Liberación**.

Sólo a lo largo de los diez números que publicó **Fichas** sus lectores habrán podido entrever que esta nueva publicación guardaba relación con una revista anterior, **Estrategia de la Liberación Nacional y Social** (1957-58) y que su *alma mater* no era otro que Milcíades Peña, un joven y brillante ensayista que se quitó la vida cuando **Fichas**, que por entonces promediaba su número 8, se había asentado como una de las revistas más reconocidas de la nueva izquierda intelectual argentina. Y aunque el equipo editor sostuvo la aparición de **Fichas** hasta su número 10, algunos meses después de la muerte de su inspirador, la experiencia de la revista y la trayectoria vital de Milcíades Peña se encuentran tan inextricablemente unidas que no podríamos entender una sin atender la otra.

Pero hay un motivo incluso más importante para pensar la revista dentro de la trayectoria biográfica de Peña. **Fichas** emerge en 1964 como una revista de la nueva izquierda dirigida por quien aparecía, apenas un lustro atrás, como el más promisorio intelectual de una rama de la vieja izquierda: el trotskismo. Ante sus viejos compañeros de militancia, Peña reaparecía entonces como un intelectual marxista independiente, portavoz de un marxismo compartido por otros intelectuales sin partido como Henri Lefebvre, Isaac Deutscher y Wright Mills; desplegando herramientas de investigación histórica y social de dilatado alcance, que excedían con creces los análisis de coyuntura dictados por las necesidades tácticas; proclamando una confianza en el potencial histórico del proletariado sobria y desacralizadora, contrastante con la celebración obrerista de las organizaciones trotskistas.

La revista **Fichas**, como sus coetáneas **Pasado y Presente**, o **La Rosa Blindada**, expresa un momento de afirmación de la nueva izquierda intelectual, producto de un

sostenido esfuerzo de autonomización de la razón intelectual frente a la razón partidaria. Hasta los primeros años de la década de 1960, figuras como José Aricó, Juan Carlos Portantiero, José Luis Mangieri, Carlos A. Brocato o Milcíades Peña fueron intelectuales de partido, que colaboraban en las revistas oficiales o a lo sumo participaban en las experiencias revisteriles de los “compañeros de ruta”. Pero las nuevas revistas nacidas en 1963 y 1964 expresan un auténtico desafío a las tutelas partidarias, marcando un hito en el proceso de autonomización de los intelectuales de izquierda.

La contraofensiva ortodoxa desplegada inmediatamente por la dirección del Partido Comunista sobre los intelectuales disidentes es parte de una historia reiteradamente visitada.<sup>1</sup> Y la celebración temporánea de esta fallida tutela apenas si merece una consideración historiográfica.<sup>2</sup> Pero la reacción de la organización trotskista frente la autonomización de Peña es menos conocida: en cierta medida porque este autor, muerto tempranamente a la edad de 32 años, no alcanzó la centralidad ni la proyección político-intelectual de figuras como Aricó o Portantiero; y en parte también porque dicha reacción adoptó el carácter más insidioso del rumor político: Peña se habría alejado de la corriente morenista apropiándose de las tesis de su principal dirigente, Nahuel Moreno.<sup>3</sup> Y, más importante aún, su suicidio en diciembre de 1965, según este rumor, era una consecuencia de su pérdida de la fe en la victoria revolucionaria del proletariado.

En 1996 consagré a Milcíades Peña y a otra de las figuras de la nueva izquierda, Silvio Frondizi, un voluminoso estudio: **El marxismo olvidado en la Argentina**. Mi propósito básico fue extraer el nombre de Frondizi del ghetto en que lo habían confinado los cultores de la lucha armada como un valiente “compañero de ruta”<sup>4</sup> para reponerlo como intelectual marxista humanista dentro de la historia intelectual argentina. Respecto de Milcíades, mi empresa consistió no tanto en reabrir el llamado “caso Peña” —tal como lo designa expresamente cierta literatura estigmatizante— sino en extraerlo del universo trotskista que lo tenía capturado como mero síntoma, para reponerlo con derecho pleno en la historia de la nueva izquierda intelectual argentina. Mientras que para las historias oficiales del trotskismo argentino Peña no era más que un militante frustrado<sup>5</sup>, sostuve hace veinte años que la historia intelectual de la nueva izquierda podía repensarlo con mejor provecho

---

<sup>1</sup> V. el número especial de **Cuadernos de Cultura** titulado “Afirmación militante del marxismo-leninismo”: **Cuadernos de cultura** n° 66, enero-febrero de 1964. V. Adriana Petra / Horacio Tarcus, “Descubriendo Gramsci en Córdoba. Contribución a un epistolario de José Aricó. 1956-1963”, en **Políticas de la memoria** n° 13, verano 2012/13, Buenos Aires, pp. 267-281; Néstor Kohan, **De ingenieros al Che: ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano**, Buenos Aires, Biblos, 2000; Raúl Burgos, **Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Jimena Montaña y Ricardo Martínez Mazzola (org.), “50 años de *Pasado y Presente*. Historia, perspectivas y legados”, en **Prismas. Revista de historia intelectual** n° 18, 2014.

<sup>2</sup> Alexia Massholder, **El Partido Comunista y sus intelectuales: pensamiento y acción de Héctor P. Agosti**, Buenos Aires, Luxemburg, 2014, prólogo de Atilio Borón.

<sup>3</sup> El propio Moreno lo insinúa en curso sobre historia argentina dictado en 1972, donde Peña es mencionado sólo una vez, y para señalar que el discípulo repetía al maestro: “He discrepado, junto con Peña, *aunque éste muchos años después*, con la concepción de que el Banco Central es una creación directa del imperialismo inglés”. Nahuel Moreno, **Bases para una interpretación científica de la historia argentina**, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, 1972, p. 61. Las itálicas son mías (HT). Peña ni siquiera figura en la bibliografía. El disgusto de Moreno con la obra de Peña se ponía de manifiesto en una autoentrevista realizada por su propio partido en 1974, en la que recordaba que entre fines de la década de 1940 e inicios de la siguiente “tratamos el problema de la colonización, los trabajos sobre historia argentina” y donde reivindicaba para sí que “más o menos la mitad [...] de lo que escribe después [Milcíades] Peña es trabajo de investigación mía; otra parte es de él, por ejemplo lo de Roca es de él, y otras cosas. Peña colabora conmigo, es mi ayudante y mi gran amigo también en esta época” Citado en Ernesto González (coord.), **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**, Buenos Aires, Antídoto, 1995, vol. 1, p. 179.

<sup>4</sup> Julio Santucho, **Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo**, Buenos Aires, Puntosur, 1988; Luis Mattini [seud. de Arnol Kremer], **Hombres y mujeres del PRT-ERP**, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

<sup>5</sup> Osvaldo Coggiola, **El trotskismo en la Argentina. 1960-1985**, Buenos Aires, CEAL, 1986; Ernesto González (coord.), **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**, Buenos Aires, Antídoto, 1995-2006, IV vols.

como un iniciador aventajado.<sup>6</sup>

Aunque veinte años después puedo complacerme de la amplia circulación alcanzada por la obra de Milcíades Peña y Silvio Frondizi más allá de aquellos cotos mentales, no quisiera pasar por alto los obstinados esfuerzos desplegados desde entonces por la razón partidaria para recapturar el “caso Peña” y volverlo a su redil. De ellos daremos cuenta en la parte final de este estudio. Ciertamente, la crítica histórica apenas puede hacer mella en la porfiada red de los mitos fundantes de la izquierda orgánica. Vivimos hoy en sociedades posindustriales, donde la clase trabajadora perdió su centralidad y su potencial emancipador. Han emergido nuevos movimientos sociales que pusieron en evidencia hasta dónde los partidos de izquierda, con sus viejos ritos y antiguas fórmulas, expresan hoy las modalidades más arcaicas y obsoletas de la emancipación social. Pero esto no perturba a las mujeres y los hombres imbuidos de esa piadosa fe. Parafraseando a Braudel, hay que concluir que las ideologías son cárceles de larga duración.

### **Una breve pero intensa trayectoria vital**

Milcíades Peña había nacido en la ciudad bonaerense de La Plata un 12 de mayo de 1933, el menor de cuatro hermanos, en el seno de una familia de clase media, de Viriato Milcíades Peña y Leticia Asta Ferrero. A causa de los trastornos psíquicos de su madre, fue criado por sus tíos José Pedro de Sagastizábal, bibliotecario, e Ítala Asta Ferrero, maestra. Cursó sus estudios primarios en la escuela anexa al Colegio Nacional de La Plata e inició los secundarios en dicho colegio. Con su compañero de aula José Daniel Speroni ingresó a mediados de la década de 1940 a las Juventudes Socialistas de La Plata. Poco después, hacia 1947, un sector disidente de las Juventudes Socialistas —del que formaban parte, entre otros, Ángel A. Bengochea, Horacio Lagar, Saúl Hecker, Mirta Henault, Alberto Pla y Oscar Valdovinos— ingresó al Grupo Obrero Marxista (GOM), de orientación trotskista, que lideraba Nahuel Moreno. Durante estos primeros cinco años de vida partidaria, Peña encontró en el grupo morenista un estímulo y un espacio para el estudio militante de la historia y la economía argentinas y americanas. Sumergido en estos estudios y en la redacción de sus primeros artículos en el periódico partidario **Frente Proletario** tras el seudónimo de Hermes Radio, abandonó el bachillerato. Tiene apenas dieciséis años cuando, en diciembre de 1948, es uno de los veintiún delegados que participan del congreso partidario a través del cual el GOM se transforma en Partido Obrero Revolucionario (POR). Es elegido entonces miembro del Comité Central. Participó activamente en tareas de formación partidaria, dictando, por ejemplo, en 1951, un curso de lectura de **El Capital** de Marx.

En el contexto de una abrumadora hegemonía del peronismo sobre el movimiento obrero, es ardua la inserción para la pequeña organización, que para peor rivaliza con otras corrientes que se reclaman trotskistas (la que lidera Jorge Abelardo Ramos y la que inspira J. Posadas, entre otras). En su afanosa búsqueda de inserción obrera, el grupo morenista reorienta las energías puestas hasta entonces en lecturas históricas y teóricas, en la militancia fabril. Es así que hacia 1952 Peña toma distancia de la organización morenista luego de que ésta le exigiera su “proletarización”.

Comienza así un lustro de idas y vueltas entre el compromiso organizativo y la entrega al estudio y la escritura. Entre 1952 y 1955 colabora estrechamente con Silvio Frondizi en la elaboración de algunos capítulos de su obra **La Realidad Argentina** (1955-56), pero poco después, a instancias de Nahuel Moreno, lanza contra él un vitriólico texto de

---

<sup>6</sup> Horacio Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1966. Retomo y actualizo aquí tramos del subcapítulo que dediqué a la revista **Fichas** en esta obra.

ruptura<sup>7</sup> y retoma sus vínculos partidarios. Hacia 1955 había sido convocado por esta organización para colaborar en la edición del periódico **La Verdad**, que edita la corriente morenista mientras funciona como fracción interna del Partido Socialista de la Revolución Nacional. Desde este periódico, Peña escribirá una serie de artículos en los que se resisten las sucesivas tentativas cívico-militares que desembocarán en el golpe de septiembre de 1955 y llaman desde entonces a la resistencia obrera. Dos años después Peña recapitulará esta experiencia en el folleto “¿Quiénes supieron luchar contra la ‘revolución libertadora’ *antes* del 16 de septiembre de 1955?”<sup>8</sup>

Entre 1955 y 1957 se concentra en la elaboración de dos obras de largo aliento: por una parte, un análisis marxista de la formación social argentina, su estructura de clases y su peculiar desarrollo industrial; por otra, una historia argentina de inspiración materialista que comenzaba con la colonización española y concluía en el golpe militar de 1955. En 1957, mientras la corriente morenista inicia una experiencia “entrística” en el peronismo, Peña y Moreno acuerdan la edición de una revista teórica marxista, independiente y abierta a otras corrientes, que se llamará **Estrategia de la liberación nacional y social** (1957-1958). Peña obtiene colaboraciones de figuras del marxismo argentino como Silvio Frondizi, Rodolfo Puiggrós, Luis Franco, Carlos Astrada y Enrique Rivera. Publica allí algunos tramos de sus estudios sobre la industrialización, el imperialismo y la clase dominante argentina, y mantiene desde sus páginas una fuerte polémica con las tesis históricas y políticas de Jorge Abelardo Ramos.

En 1958, nuevamente distanciado de Palabra Obrera, nombre que había adoptado entonces la corriente morenista, dicta en la Facultad de Ingeniería un curso de iniciación marxista a pedido de los jóvenes del Movimiento de Acción Reformista.<sup>9</sup> Al año siguiente acompaña a su amigo Daniel Speroni al frente de la llamada “fracción sindical” que rompe con Palabra Obrera y colabora estrechamente en la aparición de su revista **Liberación nacional y social** (1960-1961). En las páginas de esta revista polemiza sobre el significado del 17 de Octubre de 1945, señalando que en esa jornada los trabajadores no se habían movilizado como clase, ni habían empleado métodos revolucionarios, ni se habían conducido con una dirección propia, sino “sirviendo de masa de maniobra disciplinada y obediente a los generales, los burócratas, los políticos burgueses, los curas y los jefes de policía que arreglaban sus cuentas con otros generales y otros políticos”.<sup>10</sup>

En 1963 acompaña también el relanzamiento de la publicación de Speroni, ahora con el nombre de **Revista de Liberación** (1963-1964). Aquí publica, con el seudónimo de José Golan, sus “16 tesis sobre Cuba” (1964), donde discute con las tesis de Nahuel Moreno en torno a las proyecciones de la Revolución cubana sobre Latinoamérica.<sup>11</sup> Por entonces traduce dos volúmenes de **Obras Escogidas** del marxista disidente francés Henri Lefebvre para la editorial Peña Lillo y varios volúmenes de psicología y psiquiatría para la editorial Paidós.

---

<sup>7</sup> Hermes Radio, “Profesores y revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi”, Buenos Aires, mimeo sin indicación editorial, 1956.

<sup>8</sup> Hermes Radio, “¿Quiénes supieron luchar contra la ‘revolución libertadora’ *antes* del 16 de septiembre de 1955?” Buenos Aires, sin editor, 1957. Fue reeditado en 1971 por la corriente morenista (Ediciones LV, esto es, La Verdad) atribuyendo los textos a Nahuel Moreno. Sólo queda el nombre de Hermes Radio como autor de la presentación.

<sup>9</sup> Milcíades Peña, “Curso de iniciación al marxismo”, Buenos Aires, Buenos Aires, edición a mimeógrafo del Movimiento de Acción Reformista, s/f [1958]. Preparé una edición de dicho curso en: Milcíades Peña, **Introducción al pensamiento de Marx**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001, estudio preliminar de Horacio Tarcus.

<sup>10</sup> Melt (seud. de Milcíades Peña), “A propósito de un artículo apologético sobre el mito del 17 de octubre”, en **Liberación nacional y social** n° 4, enero-febrero-marzo de 1961.

<sup>11</sup> José Golan (seud. de Milcíades Peña), “16 tesis sobre Cuba”, en **Revista de Liberación** n° 3, primer semestre de 1964.

## La conformación del grupo editor

Peña, como todas estas figuras, era hombre de grupos, acostumbrado al trabajo y el debate colectivos. Había logrado emanciparse definitivamente de la tutela partidaria en la medida en que fue capaz de consolidar un pequeño pero sólido equipo de trabajo político-intelectual a partir del puñado de estudiantes de ingeniería que animaban el MAR: Jorge Schvarzer, Félix Kierbel, Alberto Kasulín y Hugo López. Al grupo se agregó en 1961 el estudiante de sociología Daniel Horacio García y a menudo se sumó a sus reuniones Pepe Speroni.<sup>12</sup>

Los jóvenes hicieron propio el proyecto de estudio que Peña presentó en el curso de iniciación al marxismo de 1958. A partir de entonces, comenzaron a trabajar con el ritmo de una reunión semanal donde Peña trazaba los planes y proponía los textos a leer y debatir a la semana siguiente. Las reuniones —el grupo de discípulos en torno al joven maestro— se hacían en un principio en la vieja casa paterna de Peña en La Plata. Se iniciaban el sábado por la tarde y a menudo se extendían hasta el amanecer. Por las manos de los jóvenes rotaban los ya ajetreados libros de la biblioteca personal de Peña, considerablemente trabajados y reescritos con innumerables indicaciones que le permitiesen encontrar el pasaje preciso en el momento de ser citados en un trabajo o en un tramo de la conversación. Su frondosa biblioteca, a pesar de contar con ejemplares raros, no era la de un bibliófilo. Su relación con los libros era instrumental: eran para él herramientas de trabajo. En épocas en que no existían las fotocopias, no dudaba en desencuadernar un libro para repartir las partes entre los discípulos. Sin duda podría haber hecho suyas la confesión de Marx a Lafargue: “Los libros son mis esclavos y han de servirme como yo quiera”.

Peña nunca había logrado una pertenencia estable en otros colectivos, como el morenista o el Grupo Liberación. Su aventajada condición de intelectual le granjeaba un alto grado de reconocimiento en los espacios de izquierda militante pero, al mismo tiempo, esa condición era motivo de celos y sospechas en formaciones fuertemente anti-intelectualistas. Finalmente, a los 25 años de edad, Peña se (de)mostraba capaz de constituir su propio grupo de trabajo que, sin dejar de atender su militancia estudiantil, ponía el eje de sus empeños en el trabajo político-intelectual. Aunque era sólo tres o cuatro años mayor que sus jóvenes discípulos, ocupaba sin disputa el centro de la escena. Cultivado no sólo en teoría económica y social sino también en disciplinas como la filosofía, la psicología y la antropología, amante del cine y la literatura, conversador incansable, fue capaz de transmitir al grupo su insaciable curiosidad intelectual, su acendrado espíritu crítico y algo de su propia disciplina de trabajo. Peña condujo el trabajo del grupo durante varios años, sabiendo equilibrar este influjo con cierto distanciamiento personal, cuyo signo más visible era el tratamiento de “usted”, por otra parte propio de los vínculos entre varones en aquella época.

Entre 1958 y 1963, Peña les dio a leer a Marx y a Trotsky, a Dobb y a Sweezy, a Lefebvre y a Lukács, a Isaac Deutscher y a Wright Mills. Simultáneamente les fue dando a conocer los borradores de su **Historia del pueblo argentino** y del libro sobre industrialización y clases sociales. Con el tiempo, se fue instalando la idea de lanzar una revista donde se fueran publicando tramos de estos libros, ensayos realizados por los jóvenes y avances inéditos en castellano de lo mejor de la producción marxista internacional.

En 1963 pusieron manos a la obra. Una de las tareas centrales consistía en revisar los libros inéditos de Peña, escritos entre 1955 y 1958, a fin de actualizarlos para su publicación. El grupo funcionó entonces como un cable a tierra para Peña, que presentaba sus textos a un puñado de jóvenes ingenieros que, si no eran aún intelectuales de su estatura, eran al menos alumnos exigentes que le exigían rigor en la demostración. Sin los compromisos afectivos ni

---

<sup>12</sup> Buena parte de esta información se la debo a los generosos testimonios de Regina Rosen de Peña, Clara Leticia y Milciades Peña (h.), Jorge Schvarzer, Félix Kierbel, Hugo López, Acacia Speroni y Luis Vitale.

las ataduras que a menudo arrastran quienes tuvieron un pasado militante en la izquierda, sirvieron a la depuración de lo más sectario y dogmático de las primeras formulaciones. Los trabajos actualizados y las traducciones comenzaron a acumularse, el perfil del proyecto se dibujaba con mayor nitidez. Uno de aquellos sábados, entrada la noche, Peña propuso bautizar la revista como **Fichas de investigación económica y social**.

La consolidación del grupo propio y el proyecto de la revista propia, ahora sin compromisos políticos directos con una organización militante que fiscalizara su labor de investigador y escritor, hablaban de un proceso de profesionalización de Peña como intelectual. En 1964, instalado con su mujer Regina Rosen y su hijita Clara en la Capital porteña, Peña reparte su tiempo entre las investigaciones de mercado con las que se gana la vida y el lanzamiento de **Fichas**.

La prueba más clara de que se trató de un proyecto largamente madurado la dio la regularidad en la salida y la fidelidad, a lo largo de sus diez números, al modelo inicial. Y este modelo era muy singular para una revista de la izquierda marxista, porque su formato (y en buena medida su propio nombre) estaba tomado de las revistas americanas de investigación social de las cuales Peña era lector voraz. Sin invocaciones ostensibles al Socialismo o la Clase Obrera, ajena también al periodismo o aún al ensayismo político, sus notas aparecían bajo la forma de “Investigaciones”, “Tesis”, “Recensiones”, “Fichas de actualización profesional para Economistas”, “Fichas de actualización profesional para Sociólogos”... En sus páginas son frecuentes los diagramas, los cuadros estadísticos, la búsqueda de controles empíricos de todo lo afirmado. Su “Junta de Editores”, sin embargo, aparece compuesta por nombres ignotos para las ciencias sociales argentinas: Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit, Víctor Testa... Es que Milcíades Peña vuelve a jugar en **Fichas** uno de sus juegos predilectos: el del ocultamiento permanente, el de la máscara detrás de la cual se esconden otras máscaras. En vano suponer que cada nombre puede ser leído como un seudónimo que corresponde exactamente a cada miembro de la revista. Nadie tiene un seudónimo propio y definitivo, incluso en el caso del inspirador de la revista. Es que en la curiosa simbiosis del trabajo colectivo, los seudónimos son intercambiables. Jorge Schvarzer será a menudo Jorge Sagastume, aunque alguno de sus artículos aparece firmado por Manuel López, que por otra parte no era un auténtico seudónimo pues era el nombre real de un profesor platense de teoría estética amigo de Peña. Peña mismo es alternativamente Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit o Víctor Testa, pero además hay notas colectivas que aparecen firmadas por estos tres nombres conjuntamente, en un juego de desplazamientos donde Peña es todos y es ninguno.<sup>13</sup>

Para complejizar aún más la situación y para mayor desconcierto del lector, Peña llevó lejos el juego: decidió crear para el n° 2 biografías apócrifas para Víctor Testa y Gustavo Polit, donde se los presentaba como profesionales argentinos que habían realizado estudios de posgrado en los Estados Unidos y que se desempeñaban entonces como consultores de empresas o de organismos internacionales. Cada trayectoria iba acompañada incluso de una foto apócrifa, tomadas de biografías reales de investigadores sociales aparecidas en revistas americanas.

La notable seriedad con que se concibió el proyecto contrasta abiertamente con el juego de las biografías apócrifas, aunque esta no es la única paradoja de **Fichas**. Es también una revista que, bajo una apariencia de legalidad (con su declaración de marca registrada, su registro de la propiedad intelectual, sus derechos reservados), pone en práctica una política, digamos, sumamente libre de reproducción de textos ajenos, asunto que despertó en su época alguna reacción airada. Recordemos, finalmente, que es una revista de pensamiento marxista que se edita bajo la discreta apariencia de un boletín de investigación social. No es difícil leer

---

<sup>13</sup> A lo largo de su vida, Peña utilizó los siguientes seudónimos: Hermes Radio, Melt, José Golan, Juan Guerrero, Romero Kolbek, L.S.R., Gustavo Polit, Víctor Testa y Alfredo Parera Dennis. V. Horacio Tarcus (ed.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”. 1870-1976**, Buenos Aires, Emecé, 2007, entrada “Peña, Milcíades”.

entre líneas en esta revista aparentemente dirigida a los profesionales de las ciencias sociales un subterráneo desdén por el mundo académico al que Peña había sido siempre ajeno.

Pero quizás la principal paradoja que recorre el proyecto sea su actitud ante la cuestión de la modernización. **Fichas** puede ser leída como una de las revistas que contribuyó a lo que se ha llamado la modernización cultural de los años '60, con su formato de revista americana, con su apelación a las nuevas técnicas de investigación social, con su diseño avanzado (Ernesto Rollé, un artista plástico amigo de Peña, había realizado —sobre la base de las muestras de revistas americanas que éste le facilitó— un diseño inspirado en la estética del arte concreto que contrastaba con las tapas pre-vanguardistas de las revistas comunistas o socialistas, por ejemplo, atadas a una estética que atrasaba varias décadas).<sup>14</sup> Sin embargo, si hay algo que animó el espíritu de **Fichas** fue la crítica a la ideología de la modernización, la insistencia en que tras ciertos “índices” superficiales de modernización la Argentina era un país atrasado, así como la recuperación del método marxista frente al método de las ciencias sociales. El contraste entre **Fichas** y **Primera Plana**, más allá de ciertos temas y preocupaciones comunes, es completo. **Fichas** es la contrapartida de la mitología modernista de **Primera Plana**.

### El lanzamiento de *Fichas*

Sus grandes temas serán el de la estructura de clases de la Argentina, el análisis comparado de los modelos de industrialización, las transformaciones de la clase obrera desde la posguerra, la naturaleza de los “socialismos reales”, el peronismo, la teoría marxista y el método de las ciencias sociales. El primer número apareció en abril de 1964 como un especial dedicado a la evolución industrial y la clase empresaria argentina.<sup>15</sup> Estaba escrito casi en su totalidad por Peña y consistía en adelantos de lo que iba a ser su libro sobre industrialización, aunque todo el equipo trabajó en su puesta al día.

Firmado con el seudónimo colectivo de Víctor Testa se publicaba el estudio denominado “Crecimiento (1935-1946) y estancamiento (1947-1963) de la producción industrial argentina”. Como ya lo sugiere su mismo título, Peña y su equipo vuelven a arremeter contra el mito de la industrialización peronista, sosteniendo con abundantes referencias empíricas que, contra el sentido común establecido en la época, “uno de los períodos de más fuerte ascenso de nuestra evolución industrial se produjo durante los gobiernos conservadores”, amparado por la protección aduanera. Las razones del estancamiento industrial argentino, se señalaba, había que buscarlas en su propia génesis y en su misma estructura: en su incapacidad estructural para alcanzar un desarrollo autosostenido, en su crecimiento inarmónico, originado por exigencias del mercado mundial o por la necesidad de sustituir importaciones de bienes de consumo. También firmado por Víctor Testa y escrito en colaboración por el equipo de los jóvenes ingenieros, el trabajo “Energía, mecanización e ineficiencia en la industria argentina” completaba el cuadro atendiendo aquí a dos índices determinados: el de consumo de energía y el de electromecanización, que ponían en evidencia la baja productividad de la industria nacional.

“Industrialización, pseudoindustrialización y desarrollo combinado”, firmado por Víctor Testa era una actualización del trabajo de **Estrategia** “El imperialismo y la industrialización argentina”, mientras que “Imperialismo e industrialización de los países atrasados”, también firmado por Testa, proporcionaba el marco teórico para comprender el caso argentino: el capital financiero, el carácter de las nuevas inversiones imperialistas (orientadas ahora a la industria ligera de los países atrasados), el nuevo vínculo de dependencia semicolonial. Si en estos se polemizaba con los mitos populistas de la

<sup>14</sup> Entrevista con Ernesto Rollé, Gómez, Provincia de Buenos Aires, 20 de mayo de 2001.

<sup>15</sup> **Fichas de investigación económica y social**, año I, n° 1, abril 1964. De aquí en más, cito **Fichas** de modo abreviado.

industrialización peronista, y principalmente con Jorge Abelardo Ramos, en el artículo firmado por Gustavo Polit, “¿Es Argentina la tierra prometida de la movilidad social en la industria?”, Peña arremete contra el mito del origen artesanal de la burguesía industrial tal como es expresado en “el pétreo lenguaje ginoparsoniano del profesor Torcuato S. Di Tella”.

Finalmente, bajo la firma de Gustavo Polit, Peña actualiza y amplía otro trabajo dado a conocer en 1957 en **Estrategia**: “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, donde fundaba su tesis de la burguesía industrial como el resultado de una diferenciación en el seno de la clase terrateniente. Se mantenía la polémica con los voceros de la izquierda populista (Jorge A. Ramos, Eduardo Astesano), pero como entre 1957 y 1964 la sociología profesional argentina, en pleno desarrollo, se venía ocupando de la problemática de la relación entre terratenientes e industriales, Peña extiende ahora el ajuste de cuentas también a los mitos nacidos de esta nueva literatura.

### **El debate con Jorge Abelardo Ramos y la “izquierda nacional”**

La revista, editada por un consejo editorial de desconocidos, donde ni siquiera figuraba el nombre de Peña, plagada de cuadros estadísticos y de gráficos, fue sin embargo un suceso. El primer número, particularmente compacto y fuertemente polémico, agotó en poco tiempo su tiraje. Ganó desde entonces lectores fieles y enemigos acérrimos. El mundo académico guardó silencio ante los ataques de un *outsider*, pero consumió **Fichas** provechosamente. Los sectores más intelectualizados de la izquierda, desde los comunistas hasta los trotskistas, la siguieron con atención. Es significativa, al respecto, la irónica nota que Peña stampa en el siguiente número, congratulándose por el hecho de que muchas de las tesis aparecidas en **Fichas** n° 1 hayan sido retomadas “textualmente y/o con variación en algunas palabras” por parte de **Táctica** y **Pasado y Presente**, las revistas que animaba el grupo de los “gramscianos argentinos” que había roto recientemente con el Partido Comunista: “Hacemos público nuestro reconocimiento por la aceptación dispensada a esas ideas y nuestro pedido de que, cuando se las transcriba, se indique la fuente”.<sup>16</sup>

Esta respuesta de los lectores, así como la rápida asimilación de algunas de sus ideas por las formaciones de la nueva izquierda, sumada al hecho de que casi no había página de la revista donde las posturas y la figura misma de Jorge Abelardo Ramos no fueran cuestionadas, obligaron a éste a replicar con la misma virulencia a través de un extenso texto llamado “La cuestión nacional y el marxismo”.<sup>17</sup> Su argumento central consistía en que **Fichas**, inscripta en la tradición “antinacional” de Juan B. Justo y el “socialismo cipaya”, hablaba en nombre de los intereses imperialistas en el país:

La quiebra total de la izquierda cipaya ha movido al imperialismo a usar su propia voz en el debate sobre la naturaleza de las clases sociales en la Argentina. La publicación de la revista **Fichas de investigación económica y social** posee ese significado. Dirigida a ‘economistas y sociólogos’ profesionales, este órgano enmascarado con el pseudo-cientificismo yanqui, se

---

<sup>16</sup> Nota sin firma, sin duda redactada por Peña, en **Fichas** n° 2, cit. El reclamo se dirige seguramente al artículo de **Pasado y Presente** en que Juan Carlos Portantiero aprovecha la ocasión de la aparición de un libro del comunista B. Marianetti para hacer un ajuste de cuentas con la historiografía de este partido, en la senda de las críticas que el propio Peña venía haciendo a esta corriente desde los tiempos de **Estrategia**. V. Juan Carlos Portantiero, “Un análisis ‘marxista’ de la realidad argentina”, en **Pasado y Presente**, n° 5-6, abril-septiembre 1964. Es aún más notoria la influencia de **Fichas** en el único número aparecido de **Táctica**, órgano de una de las efímeras formaciones de la nueva izquierda, Vanguardia Revolucionaria, como se trasunta en las notas de J. C. Portantiero y de E. Meisterra, en que hacen suyos conceptos, hipótesis e incluso los ejemplos recurrentes de Peña, aunque para extraer conclusiones políticas distintas a las de **Fichas**. V. J. C. Portantiero, “Crisis en la izquierda argentina” y Enrique Meisterra, “La grandeza terrateniente y el poder”, en **Táctica**, n° 1, enero-febrero 1964.

<sup>17</sup> Jorge Abelardo Ramos, “La cuestión nacional y el marxismo”, en **La lucha por un partido revolucionario**, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.



propone en realidad remachar la vieja sumisión de la izquierda cipaya a las categorías abstractas y extranjerizantes que siempre la distinguieron. Todo esto no pasaría de una simple curiosidad ‘sociológica’, si no fuera que su perceptible redactor, el Sr. Milcíades Peña, no intentara emplear una amalgama de ‘marxismo’ y estadística destinada a volver más accesible a los incautos su mercadería antinacional y antimarxista”.<sup>18</sup>

Según Ramos,

la revista **Fichas** resume en su contenido todas las ineptias antimarxistas de tres cuartos de siglo, enderezadas a impedir la adopción de la política leninista en la cuestión nacional. Las citaremos por su orden:

- 1° Desconocer el carácter semicolonial de la Argentina.
- 2° Atribuir a su industria una dependencia completa del capital imperialista.
- 3° Negar en consecuencia todo nacionalismo a la burguesía industrial o al movimiento nacional burgués.
- 4° Negar, además, toda divergencia entre terratenientes e industriales.
- 5° Negar toda ‘movilidad social’ en la industria, o en lenguaje más simple, afirmar que la inmensa mayoría de los directivos industriales son actualmente los mismos que dirigían la industria antes de 1946.
- 6° Afirmar que la oligarquía agropecuaria fue la más enérgica promotora de la industrialización argentina.
- 7° Negar, además, que el gobierno de Perón propulsó la industrialización.
- 8° Negar la existencia en la política argentina de una política *nacional* entre los diversos grupos de las clases dominantes. Cada uno de ellos sería servidor de uno u otro imperialismo extranjero.
- 9° Propugnar un gobierno de obreros, peones y...chacareros.<sup>19</sup>

Para Ramos, en realidad, la “Argentina de 1964 no ha cambiado esencialmente el carácter histórico-social que le atribuía Lenin”, esto es, el semicolonial. Su burguesía nacional nació como resultado de la crisis imperialista, y sus intereses son contrarios a los del bloque agrario-imperialista. Si es parcialmente cierto lo relativo a su debilidad y su estrechez de miras políticas, Peña desatiende el hecho de que en los bonapartismos latinoamericanos ha sido el ejército el que “se subroga a la burguesía, especuladora y rapaz, para imprimir al Estado una orientación nacional burguesa”. La perspectiva “socialista cipaya” y su consecuente antiperonismo habrían conducido a Peña a la “idealización de la oligarquía”: “¡El gobierno ganadero defiende la industria y el gobierno industrialista la sume en la decadencia!”, exclama Ramos.

Retomando buena parte de la batería de argumentos de la crítica de Liborio Justo a Antonio Gallo y Héctor Raurich,<sup>20</sup> concluye que la perspectiva de la revolución socialista que se desprende del planteo de **Fichas**, de la lucha simultánea contra el enemigo interno (burguesía) y externo (imperialismo), al colocar “en el mismo plano al país opresor y al país oprimido”, bloqueaba las posibilidades de consolidar el frente nacional. Su “internacionalismo abstracto”, en las antípodas de la teoría leninista de la “cuestión nacional”, no era otra cosa que “la máscara de los socialimperialistas en los países opresores y de los más declarados opresores en los países semicoloniales”.<sup>21</sup>

Ramos, al hacerse eco de la crítica, había dado el pie para la contrarréplica de Peña. Esta se extendió a lo largo de cuatro números de **Fichas** (n° 4, 5, 6 y 8), fue ampliamente comentada en los medios de izquierda en su momento y reimpressa varias veces, pasando a

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 111-112.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 118-119.

<sup>20</sup> Quebracho (Liborio Justo), **Estrategia revolucionaria**, Buenos Aires, Fragua, 1957. Para un tratamiento de ese debate distinto del enfoque trosco-nacionalista de Norberto Galasso y Osvaldo Coggiola, remito a **El marxismo olvidado en la Argentina**.

<sup>21</sup> Jorge Abelardo Ramos, “La cuestión nacional y el marxismo”, *op. cit.*, pp. 109-136.

constituir desde entonces una suerte de sistematización de las críticas del trotskismo a la izquierda nacional.<sup>22</sup> En este trabajo desplegaba, bajo la forma de una polémica, el fruto de sus investigaciones sobre la industrialización y las clases sociales, y de algún modo terminó supliendo de hecho el volumen que Peña dedicó al tema y que nunca llegó a publicar.

La fuerte personalización de la crítica de Ramos en la figura de Peña (su persistente señalamiento de que se trataba de un “investigador de mercado”, de un “asesor de empresas”), obligó a éste a salir del anonimato. Por primera vez aparecía su verdadero nombre firmando una nota en la revista, pero lo inscribió acompañándolo por dos de los seudónimos. La contrarréplica apareció, pues, firmada por Milcíades Peña, Gustavo Polit y Víctor Testa. La triple firma daba la idea de un trabajo en equipo —en cierta medida todo el grupo **Fichas** trabajó en ella, aunque es indudable que la inspiración y la pluma pertenecían a Milcíades—, pero fundamentalmente Peña no quiso dar por acabado el juego de los seudónimos.

En cuanto al texto, no podría concebirse crítica más aplastante. Peña discute el texto de Ramos frase por frase, devuelve ironía por ironía, demuele piedra sobre piedra. Parte de la contrarréplica está destinada a desmontar los procedimientos manipulatorios de Ramos en la discusión (“Cómo polemiza un impostor”); las otras secciones se ocupan de la burguesía industrial, de la dinámica del capital imperialista, del peronismo y del carácter de la revolución latinoamericana.

Peña comienza desmontando la acusación de que **Fichas** desconoce el carácter semicolonial de la Argentina: no sólo no lo desconoce, sino que ha hecho un esfuerzo de conceptualización para definirlo que se contrapone a la imprecisión con que Ramos lo usa. Mientras que para éste la clave del atraso y la dependencia hay que buscarla en la “balcanización” de América Latina en pequeños Estados, o bien en la ausencia de una industria pesada, Peña busca definir con precisión el status semicolonial de Argentina según distintos niveles: “*Primero*, la Argentina no ha pasado por un proceso de revolución industrial. En consecuencia, la productividad del trabajo es baja o, lo que es lo mismo, hay una baja intensidad de capital en todos los niveles de la producción; *segundo*, la Argentina es un país deudor, dependiente de las metrópolis del mundo capitalista; *tercero*, en el mercado mundial desempeña exclusivamente el papel de proveedor de alimentos y materias primas; *cuarto*, por el Tratado de Río de Janeiro, la carta de la Organización de Estados Americanos y otros compromisos semejantes, ha delegado atributos esenciales de su soberanía, en particular el declarar la guerra, en un superestado continental controlado por Estados Unidos”.<sup>23</sup>

Pero si tanto Ramos como Peña apelan a la autoridad intelectual de Lenin y hablan de la Argentina como semicolonia, detrás de la misma etiqueta hay diferencias sustanciales. Vuelve aquí a plantearse el mismo malentendido que, tres décadas atrás, se presentó con el debate entre Antonio Gallo y Liborio Justo. Gallo entendía que la Argentina era una “semicolonia avanzada”, lo que significaba que la dominación imperialista no era abierta (como en una colonia) o relativamente disfrazada por la inexistencia de una auténtica clase dominante local (como en una semicolonia atrasada), sino que estaba *mediada* por una burguesía capitalista local, entrelazada por lazos económicos y diplomáticos con el imperialismo, pero con sus propios intereses económicos en el país, con el control de su propio Estado, su ejército, su sistema de partidos, etc. El capitalismo argentino, sin embargo, padecía una debilidad estructural, se había constituido tardíamente, no era el resultado de una verdadera revolución industrial. La clase dirigente argentina nacía cuando la burguesía

---

<sup>22</sup> Milcíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa, “Industrialización, burguesía industrial y marxismo (Una crítica a **Fichas** y una respuesta con fines educativos)”, en **Fichas** n° 4, 5, 6 y 8, 1964-65. Fue reimpressa por el grupo trotskista Política Obrera en su revista **América India** en dos tramos (n° 1 y 2, 1972) y luego como volumen independiente bajo el título **Industria, burguesía industrial y liberación nacional**, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1974.

<sup>23</sup> Milcíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa, *op. cit.*, en **Fichas** n° 4, p. 59.

mundial había perdido su carácter revolucionario. Las tareas incumplidas de la “revolución democrático-burguesa” no entraban en su horizonte; era el proletariado el que debía incorporarlas a su programa de revolución socialista.

Liborio Justo, en cambio, presentaba a la Argentina como un país semicolonial *tout court*, dominado por el imperialismo (especialmente inglés) a través de sus socios menores, las clases dominantes nativas (la oligarquía ganadera y la burguesía comercial). Estas son presentadas como un mero subproducto de la penetración imperialista en el país, como clases parasitarias, incapaces de sostener una inversión productiva y una acumulación capitalista centrada en el país. Su carácter “antinacional” se evidenciaba en la “entrega” creciente del país al capital extranjero o en las concesiones a la diplomacia británica.

Ramos, que hereda y lleva hasta sus últimas consecuencias el esquema interpretativo de Justo, entiende a la Argentina como una semicolonias inglesa, dominada por dicha metrópoli a través de una oligarquía terrateniente y antiindustrialista, una verdadera clase antinacional. La industrialización argentina habría sido una respuesta de los sectores nacionales (Ejército, burguesía industrial, proletariado) en el sentido de recuperar su soberanía. Para él se libraba entonces la lucha entre la hegemonía del bloque agrario (que de triunfar definitivamente devolvería a la Argentina su pleno status semicolonial) y la del bloque nacional (que de imponerse sobre el anterior continuaría con la recuperación de la soberanía en la senda de la industrialización pesada y la integración latinoamericana). En esta lucha se libraba, pues, el destino del país: nación o semicolonias, y en esta disyuntiva no había espacio para estrategias socialistas que no hacían más que dividir el frente nacional.

Peña hereda y reformula la perspectiva de Gallo. Su originalidad está en sostener que un cierto tipo de industrialización propio de los países atrasados (que denomina, dijimos, pseudoindustrialización) no pone en cuestión su status semicolonial, ni los intereses de la oligarquía terrateniente ni los del capital imperialista, sino que, por el contrario, es funcional a ellos. El modelo que Peña construye de la Argentina semicolonial, de su estructura de clases y de sus relaciones con el capital internacional, es mucho más complejo y sutil que el de la perspectiva nacional-populista y sus conclusiones son paradójicas frente al sentido común populista instalado entonces en la sociedad argentina.

**Fichas** no niega, aclara Peña, “todo” nacionalismo en la burguesía industrial: se “limita a demostrar que es un nacionalismo de trocha angosta, el cual de ningún modo se propone terminar con el dominio imperialista —acto que implica destruir las bases mismas del ordenamiento capitalista de la sociedad argentina— sino tan sólo regatear los términos con que el imperialismo, en cuanto socio mayor, participa con la burguesía en la explotación del país”.<sup>24</sup> Los procesos de industrialización de los capitalismo centrales implicaron luchas agudas entre las clases tradicionales y la burguesía, así como una profunda transformación de las relaciones de producción. Pero en países como la Argentina no se repitió este proceso:

La burguesía industrial argentina no ha nacido desde abajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesanado a la gran industria, creciendo autónoma, como la burguesía inglesa, francesa o yanqui. La burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separan, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes.<sup>25</sup>

Esta “unidad de intereses” entre burguesía terrateniente y burguesía industrial no implicaba “identidad”, ya que “se produjeron muchas veces roces en torno al problema de proteccionismo reclamado siempre por los industriales, y el librecambio, exigido a veces por los terratenientes”. Pero, aclara Peña, “Digo *a veces* porque es falso que en la Argentina los

---

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 61.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 62.

terratenientes hayan sido siempre librecambistas”. Tienden a serlo hasta 1933, pues mientras “vendían tranquilamente sus productos en el mercado mundial, no dudaban en sacrificar la industria argentina a la competencia extranjera”.<sup>26</sup> Pero la propia clase terrateniente advierte desde entonces la necesidad de diversificar la producción, de proteger desde el Estado el crecimiento de una “industrialización” sustitutiva, dando por fin satisfacción a las demandas de los industriales y estableciendo un sólido frente con ellos. De modo que, lejos de negar conflictos entre estos sectores, Peña sostiene que “los múltiples roces y conflictos ocurridos entre la burguesía industrial y la clase terrateniente transcurren dentro del marco y sobre la base del entrelazamiento de sus intereses económicos —que llega a ser fusión en la cúspide de ambas clases— y de la solidaridad de sus intereses sociales, de clases propietarias”.<sup>27</sup>

De ahí que la burguesía nacional ni siquiera puede considerarse como una aliada del proletariado y el conjunto de los explotados en la lucha por la emancipación nacional. Cuando Ramos advierte contra los riesgos izquierdistas de “lanzar a la burguesía a la barricada de la contrarrevolución”, Peña le responde:

En la Argentina, como en todos los países atrasados y semicoloniales del siglo XX, las tareas nacionales y democráticas no se realizarán junto a la burguesía, sino *contra* ella. Y, después del 16 de setiembre del 55, que no nos vengan los pensadores de la línea nacional con el cuento de que estos son ‘esquemas’ que ignoran ‘la realidad nacional’. Aquí no se trata de lo que dijeron Lenin o Trotsky, ni de las consignas bolcheviques de 1905 ó 1917, ni del Kuomintang ni de Mao Tse Tung. Aquí se trata de que los sectores burgueses ‘nacionales’ que integraron el peronismo —murmurando siempre contra la influencia de la CGT— abandonaron el peronismo o lo hundieron desde adentro apenas sintieron la necesidad urgente de congelar los salarios y degollar delegados. Sin necesidad de ser ‘lanzada por el señor Peña’, la burguesía estuvo el 16 de setiembre en su barricada, es decir, en la barricada de la oligarquía y el imperialismo.<sup>28</sup>

En suma, era el proletariado hegemonizando al conjunto de los sectores oprimidos el que iba a resolver las tareas democrático-nacionales incumplidas en el país, pero sin detenerse en ellas: “la revolución tendrá un carácter permanente, pues será democrática y nacional por sus objetivos inmediatos, obrera y socialista por sus métodos y por la clase que la realiza”.<sup>29</sup> La liberación nacional no era una etapa previa sino una de las dimensiones de la lucha, uno de los momentos de la lucha de clases.

La extensa contrarréplica continuaba con un análisis acerca de los límites de la política “industrialista” del gobierno peronista, discutía ciertos problemas de estrategia política y concluía con un retrato político de Ramos (“Un impostor de frente y de perfil”), donde contrastaba los distintos virajes y etapas de su trayectoria:

*Años 1946-47*: apologista vocacional del gobierno peronista. *Años 1947-50*: apologista venal del gobierno peronista. *1950-52*: colaborador de la Unión Cívica Radical y exiliado en el Uruguay intenta hacerse pasar por ‘víctima de la tiranía peronista’. *Años 1952-55*: nuevamente apologista venal del gobierno peronista. *Año 1955, junio a setiembre*: conforme a las instrucciones del gobierno peronista, niega la inminencia de un golpe militar respaldado por la Marina y la Aeronáutica, ridiculiza a quienes alertábamos a las masas peronistas acerca del golpe, hace la apología de las fantasmagóricas “milicias obreras” y otros cuentos para dormir de pie difundidos por la burocracia sindical y exalta al Ejército como fiel defensor del gobierno peronista y del movimiento obrero. *Año 1955, setiembre a noviembre*: como vocero oficioso de la burocracia sindical predica la colaboración con el gobierno de Lonardi y sabotea la huelga general espontánea del 17 de octubre de 1955. *Años 1958-62*: apologista de la política petrolera del gobierno Frondizi, aclama al general Eisenhower como enviado del pueblo norteamericano y aliado de la emancipación nacional argentina. *Años 1963-65*: en esta etapa, aún en curso, el

---

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 62.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 62.

<sup>28</sup> Milcíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa, *op. cit.*, en **Fichas** n° 8, p. 41.

<sup>29</sup> Milcíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa, *op. cit.*, en **Fichas** n° 4, p. 60.

impostor ofrece sus servicios a burócratas sindicales peronistas, a industriales nacionalistas financiados con capital extranjero, a rectores reformistas y a oficiales de buena voluntad, jóvenes y viejos. Aún no ha encontrado compradores firmes.<sup>30</sup>

En el mismo número de **Fichas** en que se inicia la contrarréplica a Ramos, Peña publica bajo el seudónimo de Alfredo Parera Dennis un estudio donde sistematiza su postura sobre el tema de la “Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis”. La insatisfacción con el rótulo demasiado general de “semicolonia” lo lleva aquí a considerar la distinción del economista Ernest Wageman entre países semi y neocapitalistas. Los primeros, señala, son los países de “capitalismo parcial”, como India o China antes de 1949, grandes poblaciones que durante siglos mantuvieron una estructura asiática o feudal, y adonde el capitalismo penetró parcialmente; los neocapitalistas o países de “capitalismo incipiente”, como Argentina o Sudáfrica, son aquellos constituidos como resultado de la expansión capitalista mundial, de escasa población fundamentalmente de origen inmigratorio, donde las relaciones dominantes son capitalistas, y donde el peso de las exportaciones (agropecuarias) es decisivo en sus economías.<sup>31</sup> Esta distinción permite a Peña seguir inscribiendo a la Argentina dentro del conjunto de países atrasados, independientes políticamente pero dependientes en lo económico (semicolonias de Lenin), pero discriminar dentro de este conjunto y atender a la especificidad de la formación social argentina.

En este trabajo Peña construye un esquema complejo sobre esta formación social, la estructura de sus clases dominantes y sus vínculos con el capital imperialista, ilustrado con numerosos ejemplos históricos. La burguesía terrateniente (la tradicional oligarquía) no es considerada como “antinacional”, como “entregada” al imperialismo por naturaleza, tal como aparece en el imaginario nacional-populista.

La relación de los terratenientes con el capital imperialista no es simple —advierte Peña. Mientras las metrópolis compran sus productos a buen precio, los terratenientes son fieles amigos de las mismas y sus entusiastas aliados, llegando a actuar como quinta columna imperialista en detrimento de todos los otros intereses burgueses de la nación, e incluso de los sectores más débiles de la propia clase terrateniente. Cuando ocurre lo contrario, y en especial durante las crisis, los terratenientes reclaman medidas antiimperialistas llegando, incluso, a pedir la expropiación de empresas imperialistas.<sup>32</sup>

La historia de la burguesía terrateniente, señalaba Peña, “está llena de episodios que la enfrentan al imperialismo no comprador, la alejan de la metrópoli no compradora, la contraponen a poderosas empresas imperialistas, etc.”, como la reacción de la Sociedad Rural en 1871 frente a las medidas proteccionistas norteamericanas en desmedro de la lana argentina, o con la misma metrópoli inglesa, cuando, por ejemplo, en 1900, ésta cerró sus puertas a la importación de ganado en pie (la mismísima Sociedad Rural afirmaba: “La ley de las represalias, en economía política, es perfectamente lógica y honesta. ¡Y la República Argentina está en admirables condiciones para tomar represalias de la gran Inglaterra!”).<sup>33</sup>

Es que “los terratenientes procuran fortalecer su posición ante el capital imperialista haciendo más complejas sus relaciones con él”.<sup>34</sup> Buscan, en condiciones de crisis, diversificar y balancear la economía, para no depender exclusivamente de los precios que el mercado mundial fija a sus productos, aunque dependen del mismo capital imperialista para que otorgue préstamos o realice inversiones directas. Tampoco el Estado argentino puede entenderse como un Estado virreynal, directamente sometido al dictado de las metrópolis, sino que los sectores dominantes necesitan y defienden el control de su propio Estado

<sup>30</sup> Milcíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa, *op. cit.*, en **Fichas** n° 8, pp. 49-51.

<sup>31</sup> Milcíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa, *op. cit.*, en **Fichas** n° 4, p. 4 y p. 40.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, p. 8.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 12.

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p. 8.

soberano. “La clase dominante argentina y sus mejores políticos —que fueron todos abogados del capital extranjero—, tuvieron conciencia de que cierto grado de 'capitalismo de Estado', vale decir, de empresas explotadas por el Estado, era vital y necesario para negociar con el imperialismo”.<sup>35</sup>

Por otra parte, si la burguesía terrateniente no era *por naturaleza* “entreguista”, tampoco era antioligárquica y antiimperialista *por esencia* la burguesía industrial. Peña insiste en este trabajo, con abundante apoyatura en información histórica de situaciones de conflicto entre clases y sectores de clase, en que dado su origen concentrado, monopólico, dependiente del capital agrario y del capital imperialista, no puede entenderse a la burguesía industrial como una clase autónoma, con su propio proyecto de nación.

La burguesía industrial argentina nace como una segregación de la clase terrateniente. Y nace y se desarrolla en la época del imperialismo, en momentos en que la evolución de la técnica ha impuesto una dimensión tal a las empresas que desde el comienzo requiere grandes masas de capital. Esta circunstancia impide que la industria crezca desde abajo según el modelo de la Inglaterra y de Estados Unidos en los siglos XVIII y XIX. La burguesía industrial argentina, en la medida en que no proviene de la clase terrateniente o de la burguesía comercial, sino del llano, se ha fusionado desde el comienzo con el gran capital proveniente de actividades extraindustriales: comercio, banca, finanzas y, en fin, con el capital imperialista. La burguesía industrial se vincula al imperialismo ‘desde los dientes de leche’ y crece en constante dependencia del capital y la técnica imperialista. Cada eslabón en su desarrollo ‘la vincula más estrechamente al capital financiero, del cual es esencialmente el agente’.<sup>36</sup>

El n° 4 de **Fichas**, además de este trabajo y de la réplica a Ramos, se completaba con otros dos polémicos trabajos, uno de Peña y otro de Schvarzer, sobre el tema de la nacionalización de los ferrocarriles. En el primero Peña sostenía, contra el carácter “progresivo” de la medida afirmado por Puiggrós, Ramos y los nacional-populistas, que la nacionalización peronista de los ferrocarriles, lejos de ser un “golpe para el imperialismo inglés”, respondía a las exigencias del capital imperialista de ese país y sólo sirvió, en las condiciones en que se hizo, para descapitalizar a la economía nacional. En conjunto, puede decirse que el número 4 de **Fichas** constituía una continuación y una vuelta de tuerca sobre el tema del primer número.

## Renovación del marxismo

Otro de los ejes del proyecto **Fichas** fue el careo del marxismo con la sociología. Aunque esta preocupación atraviesa todos sus números, constituye el tema central del número 2, dedicado a Wright Mills. El sociólogo norteamericano Charles Wright Mills (1916-1962) constituía por entonces una de las más vigorosas figuras intelectuales de la posguerra, cuyo influjo había trascendido las fronteras de su país. Formado inicialmente en el espíritu de la filosofía pragmatista anglosajona y en el de la sociología clásica, su obra volvió lo que él entendía era la “gran promesa” de aquel pensamiento —el establecimiento en la sociedad de las fuerzas de la razón y la libertad— contra la sociología profesional contemporánea, crecientemente burocratizada y comprometida con el poder. Sus investigaciones sobre la clase trabajadora americana y los sindicatos obreros, sobre las clases medias, sobre lo que denominó la “élite del poder” en la sociedad norteamericana, alcanzaron vasta irradiación más allá del campo académico y fueron rápidamente accesibles al lector de habla hispana, al menos desde los años 50.<sup>37</sup> Su abierto enfrentamiento con el *establishment*

---

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 19, n. 92.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 14.

<sup>37</sup> Las principales obras de Wright Mills, con sus correspondientes traducciones al castellano, son las siguientes: **Sociology and Pragmatism**, Nueva York, Paine-Whitman Publishers, 1964 (**Sociología y pragmatismo**, Buenos

académico de su época —especialmente su desafío al estructural-funcionalismo de Talcott Parsons— y la creciente radicalización política de su inicial credo liberal-democrático —revolución cubana mediante— condujeron a Mills a un tardío pero fructífero encuentro con Marx y el marxismo. Este encuentro fue favorecido por el contacto que estrechó con los docentes alemanes emigrados y establecidos en la Universidad de Wisconsin (Hans Gerth en primer lugar, de quien fue discípulo y con quien luego trabajó conjuntamente, aunque también habría que señalar la influencia de otros emigrados como Adorno, Horkheimer y Marcuse —además de Franz Neumann, establecido entonces en la Universidad de Columbia). Fruto de su careo con Marx y sus distintas corrientes de seguidores fue su libro **Los marxistas**, que se publicó poco después de su prematura muerte, en 1962. Si Mills nunca había sido un mero sociólogo profesional, en los últimos años de su vida se había transformado en un intelectual que supo intervenir provocativamente en los grandes acontecimientos de la vida política nacional e internacional, para convertirse en una de las figuras fundantes de la *new left* anglosajona.

No es difícil advertir los motivos de la rápida recepción que Peña hace de la obra de Mills, cuyo itinerario sigue atentamente, año tras año, a partir de las ediciones americanas de sus libros. Es que Mills representaba para Peña el modelo de intelectual independiente que no sólo era capaz de producir una obra considerable integrando preocupaciones teóricas con investigación empírica, conjugando autonomía teórica con vocación política, sino que además convertía su propio programa de trabajo en un proyecto teórico-político en abierto desafío con el *establishment* académico. Sin desatender las preocupaciones universalistas por la política y la teoría, Mills había consagrado su vida a estudiar sistemáticamente la sociedad norteamericana, sus clases sociales y sus conflictos, con la misma vocación y pasión con que Peña consagró su vida a estudiar la sociedad argentina. Y si ambos buscaron comprender el conjunto de los sectores sociales, es indudable que entendieron que la clave de la comprensión radicaba en desentrañar la naturaleza y los mecanismos de reproducción del poder de las poderosas y concentradas elites que dominaban en cada país.

Acaso por ello, es posible adivinar la identificación de Peña con Mills a través del cálido retrato que a la muerte de éste realizó su maestro Hans Gerth y que Peña traduce y edita en este número de **Fichas**. Pues Peña también admiró, como Mills, “a los escritores de pensamiento vigoroso, a los que trasuntaban nobleza de ideales y no tenían pelos en la lengua para decir lo suyo”.<sup>38</sup> Peña no pudo dejar de reconocerse en estas pinceladas:

las frases por él acuñadas y sus drásticos epítetos produjeron irritación en hombres que pretendían alentar creencias ortodoxas. [...] Me atrevo a decir que Mills, desde sus años de cadete, no reveló jamás condiciones para acomodarse a disciplinas de ninguna clase. Le faltaba el don y el gusto de ello. [...] Era hombre de asimilación rápida, con cierta propensión para lo extranjero. Y, como un hombre que lleva prisa, tomó cuanto encontró útil a su propósito.<sup>39</sup>

Finalmente, también Peña, como el Mills que recordaba Gerth, “se zambulló en la

---

Aires, Siglo Veinte, 1968); **The New Men of Power**, University of Illinois Press, 1948 (**El poder de los sindicatos**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1965); **White Collar. The American Middle Classes**, Oxford, Oxford University Press, 1951 (**Las clases medias en Norteamérica**, México, Aguilar, 1951); (con Hans H. Gerth) **Character and Social Structure**, Harcourt, Brace, 1953 (**Carácter y estructura social**, Buenos Aires, Paidós, 1963); **The Power Elite**, Oxford, Oxford University Press, 1956 (**La élite de poder**, México, FCE, 1957); **The Causes of the World War Three**, New York, Simon & Schuster, 1958 (**La causas de la Tercera Guerra Mundial**, Buenos Aires, Palestra, 1960); **The Sociological Imagination**, Oxford, Oxford University Press, 1959 (**La imaginación sociológica**, México, FCE, 1961); **Images of Man**, Nueva York, George Braziller, 1960; **Listen, Yankee**, Nueva York, Ballantine Books, 1960 (**Escucha Yanqui**, México, FCE, 1961); **The Marxists**, Middlesex, Penguin, 1962 (**Los marxistas**, México, ERA, 1964); **Power, Politics and People**, Oxford, Oxford University Press, 1963 (**Poder, política y Pueblo**, México, FCE, 1964); **De hombres sociales y movimientos políticos**, México, Siglo XXI, 1969 (ensayos póstumos).

<sup>38</sup> Hans Gerth, “C. Wright Mills, 1916-1962”, n° 2, p. 35.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 36.

vida” y “condensó varias vidas en una y bebió su copa hasta la última gota en sorbos profundos acelerados”.<sup>40</sup>

Si no faltaban motivos para la identificación, las diferencias entre uno y otro también eran grandes. Mills era un crítico del campo académico, pero nunca dejó de pertenecer a él, mientras Peña fue siempre un crítico externo. Mills era un sociólogo que salió al encuentro del marxismo; Peña era un marxista que salió al encuentro de las ciencias sociales. Pero el marxismo que desde una perspectiva crítica recupera Mills, y que denomina el “marxismo creador”, es convergente con el marxismo de Peña. También hay afinidades y contrastes en sus respectivos análisis de las élites dominantes. Peña estudia a la elite oligárquica según los parámetros del marxismo clásico de la clase dominante, mientras que Mills construye, a partir de ciertos elementos de la sociología clásica, el concepto de “élite del poder”. Este entendía que expresiones como “clase dominante” o “clase dirigente” eran inapropiadas: “‘Clase’ es un término económico; ‘dirigir’ es término político”, y si ellas daban cuenta del hecho de que la “clase económica dirige políticamente”, no concedían “bastante autonomía al orden político y sus agentes”, desatendiendo, por ejemplo, el peso de las élites político-burocráticas o las militares en la configuración de una élite de poder.<sup>41</sup> Por su parte, en la conceptualización sumamente original de Peña sobre la clase dominante argentina no es difícil advertir cierto influjo de Mills, como por ejemplo cuando entiende que la verdadera elite dominante no es exactamente la “oligarquía terrateniente”, sino aquella cúpula en que se entrelazaban y concentraban los intereses agrarios, comerciales, financieros e industriales. Por otra parte, en su trabajo sobre la “Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis” se hacía eco de las advertencias de Mills sobre los riesgos instrumentalistas de la teoría marxista del Estado. Y si bien, a pesar de todos los recaudos, volvía sobre la tesis de que “el Estado es en la sociedad capitalista el instrumento coercitivo de la burguesía, principal clase propietaria”<sup>42</sup>, no dejaba de insistir en lo que luego se denominaría su “autonomía relativa”, o bien, en la diferencia entre el “poder de clase” y el “poder estatal”:

El Estado argentino —como el de todos los países atrasados—, goza de una apreciable independencia con respecto a las clases dominantes [...]. Como producto de todos estos factores y presiones, en la medida en que el Estado no se limita 'simplemente' a realizar la política de la burguesía nacional, o del imperialismo, o de algún sector de ambos; en la medida en que se afianzan el intervencionismo estatal y el dirigismo económico, el Estado se comporta frente a las metrópolis como un grupo burgués más, que necesita del capital financiero internacional para ampliar su base de sustentación y forcejea con él para obtener una mayor participación en la plusvalía extraída”.<sup>43</sup>

El número especial dedicado a Mills incluía tres capítulos de su obra póstuma **Los marxistas** y dos artículos de la recién fundada revista americana **Studies on the Left**: uno

---

<sup>40</sup> *Ibíd.*, p. 34.

<sup>41</sup> C. Wright Mills, **La élite de poder**, *op. cit.*, p. 260 n.

<sup>42</sup> Alfredo Parera Dennis, “Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis”, en **Fichas** n° 4, p. 17.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 19. No es difícil percibir en los trabajos de Peña, y particularmente en “Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis”, una cierta tensión entre una concepción instrumental del Estado (el Estado como “instrumento” de las clases dominantes) y un esfuerzo por superarlo. Es posible que las lecturas de autores —por otra parte disímiles— como Gramsci, Lefebvre o Mills le hayan ayudado a fundamentar ciertas intuiciones de su análisis histórico sobre la autonomía relativa del Estado. Debe señalarse que Peña quiere pensar los problemas del capitalismo contemporáneo, pero se ve obligado a hacerlo con las antiguas nociones de “Estado”, “clase dominante” o “país semicolonial” entonces disponibles. Recordemos asimismo que los desarrollos más creativos de la teoría marxista sobre la política y el Estado se inician una década después con los debates en torno a la obra de Gramsci, así como con los desarrollos de autores como Ralph Miliband y Nicos Poulantzas. V. Horacio Tarcus (ed.): Ralph Miliband, Nicos Poulantzas, Ernesto Laclau, **Debates sobre el Estado capitalista**, Buenos Aires, Imago Mundi. Cuadernos de El Cielo por Asalto, 1991.



era el retrato de su maestro H. Gerth citado arriba, y en el otro su discípulo Irving Horowitz reconstruía el último tramo del pensamiento de Mills a través de sus manuscritos inéditos. El *dossier* se cerraba con una intervención del propio Peña a propósito del prólogo de Gino Germani a la edición castellana de **La imaginación sociológica**.

**Los marxistas** constituía una severa advertencia teórico-política a los científicos sociales en el sentido de considerar seriamente la obra de Marx y el marxismo, al mismo tiempo que una recuperación de lo que Mills llama las tradiciones del “marxismo creativo” frente al “vulgar”. La “Ciencia Social en cuyo nombre se ignora o se rechaza el marxismo” no era para Mills otra cosa que “una ciencia social del enfoque estrecho, del detalle trivial, del dato abstracto, todopoderoso e insignificante”. Y agregaba: “Nadie que no se adentre a fondo en las ideas del marxismo puede ser un científico social idóneo”, pero simultáneamente advertía contra los riesgos del dogmatismo marxista: “nadie que crea que el marxismo ha dicho la última palabra puede serlo tampoco”.<sup>44</sup> En conjunto, el libro de Mills era al mismo tiempo una antología de lo mejor del pensamiento marxista reunido con ponderado equilibrio, un balance de conjunto de las distintas tradiciones marxistas, una síntesis de las principales tesis del materialismo histórico y una serie de objeciones críticas a ciertas imprecisiones, lagunas o callejones sin salida de la teoría marxista.<sup>45</sup>

### **El careo con las ciencias sociales: la crítica de Peña a Gino Germani**

Si Peña dio calurosa bienvenida a la obra de Mills, la ciencia social académica no hizo ni podía hacer lo propio. Desde 1956 al frente del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y particularmente desde 1957, en que promueve la creación de la Carrera de Sociología, Gino Germani (1911-1979) y un reducido grupo de colaboradores habían logrado ir constituyendo laboriosamente el campo de la sociología académica en la Argentina, según parámetros teóricos ajenos al marxismo. Nada más apropiado a aquellos tiempos, vividos como experiencia de modernización, que la institucionalización de la teoría de la modernización de cuño americano:

Era el momento de apogeo del estructural-funcionalismo —recuerda Ricardo Sidicaro—. Lo que en esa teoría se caracterizaba como el paso de lo tradicional a lo moderno no resultaba ajeno ni desagradable al clima intelectual argentino. Los sociólogos norteamericanos de orientación estructural-funcionalista estudiaban los países menos desarrollados con una matriz evolucionista que acordaba bien con el optimismo reinante en esta orilla del Río de la Plata, pero, también, con el resto de América Latina. Las clases medias, pensadas como protagonistas de los procesos de modernización, incluyendo en su definición componentes tan disímiles como los empresarios industriales, los profesionales o los profesores universitarios, debieron ser no sólo una categoría conceptual aceptable, sino también una imagen de sí mismos halagadora para quienes en la época impulsaban el desenvolvimiento de la sociología en el continente. Las interpretaciones estructural-funcionalistas no ignoraban la existencia de ‘los obstáculos al desarrollo y a la democracia’, designación que en sí misma incluía la direccionalidad de los cambios venideros y el carácter provisorio de las trabas opuestas en su camino.<sup>46</sup>

---

<sup>44</sup> El texto está traducido en **Fichas** n° 2, *op. cit.*, pero de aquí en más cito de la traducción mexicana de C. Wright Mills, **Los marxistas**, *op. cit.*, pp. 2 y 3. Nótese que cuando Mills habla de *plein marxism* la edición mexicana traduce “marxismo creador”, mientras que Peña “marxismo a secas”.

<sup>45</sup> El objeto y el método de **Los marxistas** recuerda en más de un sentido a las **Consideraciones sobre el marxismo occidental** de Perry Anderson, escrito veinte años después. Ambos textos, tanto el del padre como el del hijo de la *new left*, fueron concebidos como introducciones a antologías de textos marxistas, aunque el último sólo se publicó como volumen independiente.

<sup>46</sup> Ricardo Sidicaro, “Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina”, en **Cuadernos Hispanoamericanos** n° 517-19, Madrid, julio-septiembre 1993, pp. 66-67.

En el esfuerzo de Germani por introducir la concepción y la metodología del estructural-funcionalismo, por institucionalizar la disciplina fijando las reglas del juego así como sus límites, la crítica de Mills a la burocratización de la sociología, su llamamiento al retorno del trabajo intelectual artesano y su recuperación del marxismo no podían sino constituir una amenaza a su proyecto. No obstante, no resultaba aconsejable a los planes de Germani hacer frente abiertamente a este sociólogo díscolo que venía ganando un auditorio cada vez mayor en América Latina a través de las editoriales de la izquierda independiente, como Siglo Veinte o Palestra.<sup>47</sup>

Es así que, con una clásica operación de *marcado (dégriffé)*,<sup>48</sup> Germani edita y prologa **La imaginación sociológica** para la Sección Obras de Sociología del Fondo de Cultura Económica con el objetivo de apropiarse a Mills dentro del campo de la sociología académica, acotar los alcances de su crítica a los marcos de la realidad norteamericana y neutralizar así sus efectos sobre el resto del continente. Desde un principio advierte Germani que “el examen que realiza Mills no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América Latina: en este sentido la ‘traducción’ requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario”.<sup>49</sup> Es que, señala Germani, mientras en Estados Unidos, con su larga tradición sociológica empírica, toleraba y hasta necesitaba de una “reacción” como la de Mills, esto parecía inapropiado en América Latina, que se incorpora en los últimos años al esfuerzo ecuménico de universalización, profesionalización e institucionalización de la sociología para superar una tradición opuesta a la americana, marcada por el “ensayismo”, el culto de la palabra y la falta de rigor.<sup>50</sup>

Peña, lector entusiasta de Mills, advierte la estrategia de neutralización de Germani y reacciona con un artículo tan encendido como inspirado: “Gino Germani sobre W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego”.<sup>51</sup> Recuperando la categoría acuñada por el propio Mills del *academic statesman*, esto es, del académico adiestrado para imponer las reglas de juego dentro del propio campo y negociar ante la élite de poder las fuentes del propio financiamiento, Peña afirma que

El profesor Germani se comporta frente a Wright Mills como un verdadero estadista académico, es decir, con aplomada hipocresía. ‘Con acierto Mills señala’, escribe Germani en su prólogo, y a renglón seguido pasa a explicar que lo señalado por Mills es inactual, o exagerado, o inaplicable aquí y ahora. ‘Solución excelente sin duda’ dice Germani calificando la recomendación de Mills acerca de la artesanía intelectual como arma para combatir la burocratización de la sociología, y a continuación sugiere que Mills exagera, que su recomendación es un anacronismo, y así por el estilo.<sup>52</sup>

Germani, argumenta Peña, no comparte las ideas de Mills: “aprovecha el prólogo para exponer como cosa evidente por sí misma un pensamiento contrario al de Wright Mills, sin hacer explícito el desacuerdo, pero peor aún, mencionando a Mills como si compartiera sus ilusiones profesionales sobre la sociología ‘científica’ y ‘positiva’ ”.<sup>53</sup> Sobre esa estrategia, Germani induce al lector a creer

---

<sup>47</sup> Desde luego, el careo de Germani con Marx merecería toda una serie de consideraciones que exceden este espacio. Para una recepción por parte de Germani de la obra de Erich Fromm y de cierta vertiente del marxismo frankfurtiano, v. Alejandro Blanco, **Razón y Modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 133 y ss.

<sup>48</sup> Pierre Bourdieu, “Las condiciones sociales de la circulación internacional de las ideas (1990)”, en **Intelectuales, política y poder**, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

<sup>49</sup> Gino Germani, Prólogo a **La imaginación sociológica**, *op. cit.*, p. 9.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 18-19.

<sup>51</sup> Alfredo Parera Dennis [seud. de Milcíades Peña], “Gino Germani sobre C. W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego”, en **Fichas** n° 2, cit., p. 37 y ss.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 39.

que el pensamiento de Mills no tiene otro valor que el de una reacción contra circunstancias específicamente norteamericanas y, más importante aún, que la estéril gran teoría a lo Parsons, el miope empirismo abstracto de los técnicos de encuestas, el *ethos* burocrático en fin, no son en sí mismos malos sino malos en su exagerada versión norteamericana. Los mismos métodos que en Estados Unidos convierten a la sociología en ideología y en herramienta al servicio de la Elite de Poder son según Germani perfectamente recomendables fuera de Estados Unidos a poco que los sociólogos no norteamericanos exhiban una ‘vigilante percepción’, una ‘actitud vigilante’ y otras ejemplares virtudes de que al parecer carecen los sociólogos profesionales norteamericanos y que probablemente poseen sus colegas argentinos, comenzando a contar por el profesor Germani.<sup>54</sup>

Pero Mills no se limitaba a recomendar una “actitud vigilante” por parte del sociólogo, sino que abogaba —siguiendo la tradición de la sociología clásica— por

el pensamiento individual frente a los equipos de tecnócratas, la artesanía intelectual frente a los institutos burocráticos dedicados a levantar encuestas y cuantificar trivialidades. Frente a esto, el profesor Germani dice: a) que Mills procede ‘con acierto’ al señalar el ejemplo de los sociólogos clásicos; b) que la propuesta por Mills es una ‘solución excelente sin duda’, pero que, c) en punto a cómo asimilar los nuevos métodos de investigación ‘para Mills el problema ni siquiera aparece’; d) que ‘es imposible volver a poner la cuestión en aquellos términos’ sugeridos por Mills y que, e) en fin, la defensa de la artesanía intelectual ‘sólo puede ser entendida como reactivo’ ante las exageraciones propias de los norteamericanos pero no ante las ‘poderosas técnicas de investigación’ que Mills criticaba.

De modo que en veintiún líneas consecutivas el profesor Germani afirma simultáneamente que Mills tiene razón pero se equivoca, que sus soluciones son excelentes pero en realidad ignora de qué está hablando y que, en fin de cuentas, no vale la pena hacer mucho caso de Mills pues su pensamiento es meramente una reacción extremista contra anomalías de las que fuera de Estados Unidos se está a salvo, la carrera de investigador científico mediante.<sup>55</sup>

A pesar de la distancia que Germani se ve obligado a tomar en el prólogo a Mills con respecto a la sociología profesional americana, él y su grupo no son otra cosa, arguye Peña, que “importadores e imitadores compulsivos de los más nocivos ‘achagues’ y ‘manías’ ” de dicha sociología. Así lo testimoniaba su obra **La sociología científica** (1962), recuerda Peña, donde Germani recomendaba, para imprimirle un giro científico a la investigación social en América Latina, apelar al modelo de “la sociología anglosajona y en especial norteamericana”. Es que Germani y su grupo necesitan neutralizar el alcance de la crítica de Mills pues precisamente

educan a los futuros sociólogos profesionales en el estilo de investigación burocrático y parcelario que caracteriza al empirismo abstracto. Como explicaba Wright Mills, decirles a los jóvenes que sólo pueden conocer ‘científicamente’ la realidad social mediante un tipo de investigación inevitablemente burocrático es poner un tabú, en nombre de la Ciencia, sobre sus esfuerzos para hacerse hombres independientes y pensadores originales. Es minar la confianza del artesano individual en su propia capacidad para conocer la realidad. Por ello ese estilo de investigación es esencialmente antidemocrático y no puede tener un papel educativo liberador para los investigadores sociales.

Pero además el profesor Germani y Asociados importan del empirismo abstracto otro de sus vicios: la obsesión por las investigaciones diminutas sobre pequeños ambientes con olvido, de hecho si no de palabra, de las estructuras sociales fundamentales. Acerca de esto Germani guarda prudente silencio en el prólogo a **La imaginación sociológica**, pero en otra parte critica a Wright Mills por sus ataques a las investigaciones en escala reducida. Lo malo no es circunscribir el trabajo empírico a una investigación en pequeña escala sino la ignorancia del contexto global, sentencia Germani. La dificultad reside precisamente en que toda la estructura

---

<sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 39.

<sup>55</sup> *Ibíd.*, pp. 39-40.

intelectual y social (burocrática) de empirismo abstracto origina la tendencia irreversible a circunscribir la sociología a multitud de aparatosas investigaciones sobre ambientes microscópicos, con olvido y postergación, expreso o tácito, del 'contexto global'.<sup>56</sup>

Para Peña, pues, Germani y su grupo “no constituyen una excepción a esta tendencia” sino que “son testigos irrecusables los productos intelectuales del Departamento de Sociología”. A continuación, a través de una crítica intrínseca a la obra sociológica del propio Germani, Peña buscará poner en evidencia que “los vicios de la sociología profesional denunciados por Wright Mills no son un fenómeno norteamericano puramente local como pretende Germani, sino el producto natural de la estructura intelectual y social de esa sociología”.<sup>57</sup>

Germani volvía en su reciente libro **Política y sociedad en una época de transición** (1963) sobre las prescripciones metodológicas tendientes a “evitar o limitar las connotaciones valorativas” por parte del investigador.<sup>58</sup> Peña no sólo cuestionará teóricamente la separación propia de la tradición positivista entre hechos y valores, sino que buscará poner en evidencia los juicios de valor implícitos en la obra de Germani. Pues si su **Estructura social de la Argentina** (1955) consistía en un “correcto y valioso análisis estadístico”, la obra siguiente de Germani, hasta la reciente **Política y sociedad en una época de transición**, “aparece cada vez más rica en ideología y más pobre en conocimiento”.<sup>59</sup> La crítica central de Peña apunta al corazón de la teoría de la modernización de Germani, entendida como el proceso de transición entre dos tipos ideales: de la sociedad tradicional, preindustrial, a la industrial o desarrollada. Este proceso se manifiesta, según Germani, en ciertos cambios esenciales en la estructura social: entre ellos, se modifica el tipo de acción social (desde formas prescriptivas a formas electivas, “racionales”), se “institucionaliza el cambio” y se complejizan y especializan las instituciones.<sup>60</sup>

En primer lugar, Peña pone en cuestión la tipología que Germani establece de “los tres principios básicos de la estructura social: el tipo de acción social, la actitud frente al cambio y el grado de especialización de las instituciones”. Observa Peña: cada uno puede producir conocimientos desde el nivel de abstracción que considere adecuado, pero aquí el problema es que “Germani escoge para sus estudios teóricos un nivel de generalidad en el cual las realidades sociales (cambios, estructuras, instituciones) aparecen tan divorciadas de sus características específicas, tan hipertrofiadas en aquellos rasgos casi siempre secundarios que comparten en un plano general, que a fuerza de abstracción devienen pura nada”. Es así que en un libro cuyo eje central es “el cambio”, los tres niveles postulados del cambio son tan abstractos, generales e inespecíficos que nada nos dicen sobre los sujetos históricos, la modalidad de los cambios o las formaciones sociales: “¿Y las agencias del cambio (clases, estratos, naciones...)? ¿Y los métodos del cambio (revolución, acomodación, guerra...)? ¿Y el tipo de estructura inicial y el nuevo tipo de estructura social que emerge del cambio? ¿Y la interacción entre todos estos aspectos del cambio?”.<sup>61</sup>

Siguiendo a Parsons, Germani entiende que las sociedades modernas “institucionalizan el cambio”: en ellas el cambio deviene algo natural, instituido por las mismas normas. Pero, pregunta Peña, ¿Cuáles clases de cambio en cuáles sectores de la

---

<sup>56</sup> *Ibíd.*, p. 40.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 40.

<sup>58</sup> Gino Germani, **Política y sociedad en una época de transición**, Buenos Aires, Paidós, 1963. De aquí en más, cito en el texto de la reed. de 1968. V. también del mismo autor: **Estructura social de la Argentina**, Buenos Aires, Raigal, 1955; **La sociología científica**, México, UNAM, 1962; **La sociología en América Latina**, Buenos Aires, EUDEBA, 1964 (donde se reproduce el prólogo a Mills); **Sociología de la modernización**, Buenos Aires, Paidós, 1969.

<sup>59</sup> Alfredo Parera Dennis [seud. de Milcíades Peña], “Gino Germani sobre C. W. Mills o ...”, *op. cit.*, p. 48.

<sup>60</sup> Gino Germani, **Política y sociedad en una época de transición**, *op. cit.*, pp. 93-94.

<sup>61</sup> Alfredo Parera Dennis [seud. de Milcíades Peña], “Gino Germani sobre C. W. Mills o ...”, *op. cit.*, p. 41.

realidad?”. Pues si las modernas sociedades capitalistas promueven diversas formas de cambio y movilidad (de mercancías, de capital, geográficas, ocupacionales, de hábitos de consumo, etc.), lo hacen siempre dentro de los parámetros estructurales que definen al sistema. De modo que,

en lo que se refiere a la separación entre el productor y los medios de producción, en lo que hace al reparto de roles y productos entre los propietarios de medios de producción y los propietarios de la fuerza de trabajo, en lo que concierne a la posesión de la riqueza y del poder, en todos estos niveles la sociedad industrial capitalista se ajusta plenamente a la definición ginoparsoniana de la sociedad tradicional, [pues] se basa sobre el pasado, todo lo nuevo es rechazado y se tiende a afirmar la repetición de las pautas preestablecidas.<sup>62</sup>

Y si el concepto de cambio de Germani se develaba abstracto e inespecífico, otro tanto acontecía con otros dos conceptos centrales en su obra: modernización y racionalidad. Así, en su esquema del proceso de “modernización”

aparecen yuxtapuestos y adosados mecánicamente, de un modo puramente exterior y sin cuidado alguno por la concatenación interna, todos los criterios que en un plano de amplísima generalización, y de todavía más amplia exterioridad, es posible compilar para diferenciar la sociedad tradicional de la sociedad industrial, desde la ‘acción prescriptiva’ hasta el ‘giroscopio’ y el ‘radar’. No del todo inesperadamente, pese a la abundancia de texto, es imposible hallar en este esquema clave alguna para determinar con precisión el estadio de desarrollo en que se encuentra un país”.<sup>63</sup>

Germani quiere aplicar este esquema universal también a América Latina, “sin excluir a la Argentina ni establecer cualificaciones al respecto. El resultado es que, según el esquema germaniano de la “modernización”, el nuestro “resultaría un país desarrollado e industrial — lo cual es tan obviamente falso que probablemente ni el profesor Germani lo cree”.<sup>64</sup>

Asimismo cuestiona Peña el “empleo acrítico y puramente fetichista” que Germani hace del concepto de “racionalidad” en su teoría de la modernización. Pues, argumenta Peña,

no existe ninguna muralla china que separe tajantemente lo racional de lo irracional, y tal vez la diferencia más esencial entre razón e irracionalidad consiste en que la razón es en cada caso conciente de sus límites —no absolutos, sino relativos a cada etapa y nivel—, de sus condicionamientos, y de su contradictorio pero cercano parentesco con lo irracional. Todo esto es el abc, pero se le escapa al profesor Germani, quien parece orgánicamente incapaz de relativizar sus criterios y de analizar críticamente sus supuestos.<sup>65</sup>

El resultado que se deriva de estos supuestos es que, en primer lugar, termina legitimando como “racionales” a las economías de mercado, sin poder apreciar la irracionalidad propia del fetichismo de la mercancía, el dinero y el capital. En segundo lugar, el proceso de transición entre la sociedad tradicional y la industrial es entendido por Germani “como una trayectoria rectilínea y en un solo sentido desde la irracionalidad hacia la racionalidad económica”. Es, pues, incapaz de dar cuenta del carácter contradictorio del proceso de transición desde las formas precapitalistas a las capitalistas, esto es, de su carácter desigual y combinado, que “se da en distintos niveles dentro de una esfera económica, y en algunos de esos niveles el pasaje no es un movimiento desde lo menos hacia lo más racional, sino a la inversa”. En tercer lugar, Germani no es capaz de considerar en su especificidad la industrialización socialista, pues su concepción precisamente se desentiende de esos

---

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 44-45.

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>65</sup> *Ibid.*

“pequeños detalles” que son las clases sociales y las formas de propiedad. Por ello, sin necesidad de “prosternarse a adorar la racionalidad de la racionalidad soviética, plagada de irracionalidad y arbitrariedad burocrática”, Peña enfatiza que los intentos de planificación socialista, significan “una mayor racionalidad” y que en un análisis sobre el desarrollo no pueden ser colocadas, “al estilo Gino Germani en plano de igualdad con la coja racionalidad de la economía capitalista”.<sup>66</sup>

Toda la pretensión teórica, los recaudos metodológicos y esfuerzos por fundar una Sociología Científica no impidieron a Germani, concluye Peña, repetir con ropaje científico las mismas ilusiones ideológicas que durante décadas circularon en el campo de la política: así, por ejemplo, la adscripción de América Latina al modelo europeo de la transición del feudalismo al capitalismo, la leyenda del origen humilde e inmigratorio de la burguesía industrial, el yrigoyenismo entre 1916-1930 entendido como “el gobierno de las clases medias”, el peronismo, una vez más, leído en clave de fascismo, pero con un insólito aditamento: el de un “fascismo basado en el proletariado”... En suma, esta “compilación de ensayos” ambiciosamente titulada **Política y sociedad en una época de transición** no escapa al “culto a la palabra” y “la falta de rigor” propia de la ensayística que dice criticar. Nada nos dicen

acerca de los aspectos más vitalmente esenciales de la transición, de los elementos estratégicos que deciden si hay transición o no. Sin duda en algunos círculos esto debe resultar encomiable, pues pasa por ejemplar prudencia científica. Pero es apenas gazmoñería de sociólogos presupuestados que temen chamuscarse los dedos. La ciencia, pero la ciencia social más todavía, requiere el exasperado coraje de conocer. Y esto no lo da la traducción de Parsons ni lo presta la vicepresidencia de la International Sociological Association.<sup>67</sup>

No se trataba en esta áspera polémica, como se ve, de una mera querrela de interpretaciones sobre la obra de C. Wright Mills. Germani y Peña comparten una serie de preocupaciones vinculadas a la problemática de la industrialización. Pero por sus respectivos encuadres, sus métodos, sus colocaciones en el campo intelectual, sus perspectivas políticas y hasta sus temperamentos, ocupan posiciones antitéticas. Germani es el introductor autorizado del estructural-funcionalismo mientras Peña es el introductor del marxismo crítico y la sociología crítica (Mills). Germani dicta las reglas desde el centro del campo académico, Peña las cuestiona desde afuera. Germani habla desde el centro del campo intelectual, Peña desde sus márgenes. Germani traza un diagnóstico optimista de la modernización argentina, mientras Peña está comprometido con un amargo diagnóstico crítico sobre el atraso y el subdesarrollo del país. Todo su esfuerzo estará volcado a mostrar que los índices de “modernización” del país que construye la sociología son superficiales, pues ignoran la realidad estructural del atraso. La sociología académica, en suma, no sólo era impotente para comprender la estructura social argentina, sino que cumplía además una función apologetica. Toda la fuerza de la crítica de Peña se fundaba en el autoconvencimiento de que el potencial de su rol de investigador-artesano, junto a su pequeño grupo de jóvenes, fecundado por un marxismo crítico y animado por aquel “exasperado coraje de conocer”, era enormemente superior al de la sociología institucional, con todos sus recursos materiales y humanos. La “paja seca” de la sociología académica era por su naturaleza impotente para asfixiar el “fuego” del marxismo creador.

Si bien esta es la crítica más sistemática de Peña a la sociología académica argentina, el ajuste de cuentas con ella atraviesa toda su trayectoria. Recordemos que en un artículo del número anterior de **Fichas**, Peña, sobre la base de un análisis comparativo que su equipo había realizado entre las ediciones de 1945 y 1960 de la **Guía de Sociedades Anónimas**,

---

66 *Ibid.*, pp. 43-44.

67 *Ibid.*, p. 44.

quiso poner en evidencia la escasa movilidad social en la industria argentina, buscando cuestionar el mito del origen artesanal de la burguesía industrial tal como es expresado en “el pétreo lenguaje ginoparsoniano del profesor Torcuato S. Di Tella”.<sup>68</sup> También en el primer número de **Fichas**, al actualizar su artículo “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, había hecho extensos agregados para confrontar los resultados de su investigación con otros provenientes del Instituto de Sociología. En primer lugar, discute con José Luis de Imaz, quien bajo la dirección de Gino Germani y en el marco del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras había llevado a cabo entre 1958-59 una encuesta sobre “actitudes y opiniones de la clase alta de Buenos Aires”.<sup>69</sup> Imaz había realizado su encuesta sobre un universo de unos 150 presuntos exponentes de la “clase alta” de Buenos Aires, y entre otras cuestiones les consultó sobre su orientación industrialista o agropecuaria. El inesperado acento de los encuestados en la primera orientación fue para el investigador motivo de sorpresa:

El resultado es curiosísimo [...] este hecho es singular y llama poderosamente la atención”. Arriega, no obstante una interpretación: “El investigador se atreve a formular una hipótesis, que como tal, quedará en el terreno de lo presumible, o contingente y lo dudoso. Debe haberse producido una fuerte motivación: tal magnitud tuvo tiempo atrás la campaña publicitaria y periodística tendiente a identificar como 'reaccionarios' a quienes se expresen en favor del mantenimiento de una política agropecuaria y como 'nacionalistas' y 'progresistas' a quienes opinaron lo contrario, que muchos de los encuestados tuvieron presente ese hecho y suministraron respuestas de tipo motivacional, claras y expresas, precisamente para ponerse a resguardo frente al encuestador.”<sup>70</sup>

Peña, por su parte, lo comentó en estos términos:

El problema de las relaciones entre industriales y estancieros se presta admirablemente para un estudio cuantitativo del monto de la incultura histórica prevaleciente en la sociología profesional argentina que se mueve entre la solemne paja seca de Gino Germani y los neologismos estériles de Talcott Parsons. Contéplase el caso del profesor José Luis de Imaz [...] ¡Qué sabroso apareamiento de puerilidad escolar y pomposidad académica! Para cualquiera que esté mínimamente familiarizado con la trayectoria histórica de los estancieros argentinos esos hechos tienen tanto de sorprendente o novedoso como la esfericidad de la tierra. Pero la historia es libro herméticamente cerrado para estos mediocres técnicos en encuestas también llamados sociólogos profesionales. Por eso el profesor Imaz, a falta de cultura histórica, en ausencia de la imaginación sociológica que reclamaba Wright Mills, ‘se atreve a formular una hipótesis que, como tal, quedará en el terreno de lo presumible, lo contingente y dudoso’. [...] ¿Hipótesis presumible? Sólo para analfabetos. ¿Contingente y dudosa? En grado sumo. ¿Jocosa? También. Pero por sobre todo ignorante. Ignorante en una medida que linda con la indignidad, porque quien estampa estos balbuceos inconscientes es un profesor, y la condición de profesor exige mayor responsabilidad intelectual, aún cuando se trate de profesados baratos como los que otorga el Instituto de Sociología. Para ilustración del profesor Imaz y sus alumnos, transcribimos a continuación, en cuerpo apto para cortos de vista, algunos de los muchos documentos que muestran y explican cómo y por qué los estancieros argentinos han auspiciado y estimulado el crecimiento industrial en los hechos, desde el siglo pasado, mucho antes de que los encuestadores del profesor Imaz les impulsaran a ‘fingirse’ industrialistas.”<sup>71</sup>

A continuación arremete contra otro de los sociólogos del Instituto. Hugo Berlitzky había realizado en 1959 una investigación sobre las “Relaciones entre el sector industrial y el

---

68 Víctor Testa (seud. de Milcíades Peña), “La Clase empresaria Argentina”, en **Fichas** n° 1, p. 51 y ss.

69 José Luis de Imaz, **La clase alta de Buenos Aires**, Buenos Aires, Investigaciones y trabajos del Instituto de Sociología, 1965.

70 *Ibid.*, p. 64.

71 Gustavo Polit (seud. de Milcíades Peña), “Rasgos Biográficos de la famosa Burguesía Industrial Argentina”, en **Fichas** n° 1, p. 69.

sector agropecuario: un caso especial de conflicto”, de la que Peña publica sin previo aviso el informe en este mismo número de **Fichas**. Esto no impide que unas páginas más adelante, en su artículo sobre “la famosa burguesía industrial”, lo someta a su crítica despiadada:

El sociólogo Berlatzky se propuso establecer con precisión cuantitativa si entre el sector industrial y el sector agropecuario existe en Argentina conflicto o colaboración. Para ello efectuó un trabajo serio y meritorio (que por lo demás ya otros habían realizado diez años antes): leyó y analizó las publicaciones de la Unión Industrial Argentina y pasó revista a los contactos entre los dirigentes de la industria y la Sociedad Rural Argentina. Como no podía menos de suceder, el sociólogo Berlatzky constató lo que otros habían constatado diez años atrás: a) los industriales siempre se manifestaron amigos de los estancieros y negaron tener intereses antagónicos; b) los dirigentes de la industria pertenecían a la Sociedad Rural o mantenían intenso y amistoso contacto social con los estancieros.

Sin embargo el sociólogo Berlatzky titula a su trabajo 'un caso especial de conflicto' y no, como se desprende de sus resultados, 'un caso especial de colaboración'. ¿Acaso se trata de que este sociólogo no sabe escribir? Peor aún. No sabe pensar...<sup>72</sup>

La crítica de **Fichas** no se limitó a la sociología académica, sino que se hizo extensiva a la sociología ensayística. En 1964 había aparecido —alcanzando enorme repercusión— **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, un ensayo de una de las figuras jóvenes que se filiaba en el Grupo Raurich y que había hecho su pasaje por **Contorno**: Juan José Sebreli. También Sebreli, desde fuera de la academia, buscó conjugar un marxismo crítico (leído en clave sartreana) con lo mejor de la tradición sociológica americana (Veblen, Mumford, Mills), pero para ensayar una sociología urbana de Buenos Aires que diera cuenta de la localización, la arquitectura, los hábitos y costumbres de cada una de las clases sociales que habitaban la ciudad. La originalidad del proyecto se malograba en parte por la adscripción populista del autor (que acudía al respaldo intelectual de autores como Ramos y Puiggrós) y que lo conducía a recaer en los viejos mitos de las contradicciones entre la “oligarquía” (o “burguesía agraria”) y las “nuevas clases burguesas”. Y para mayor ira de los redactores de **Fichas**, Sebreli discute abiertamente con la tesis de la unidad de intereses entre oligarquía y burguesía industrial tal como aparecía en el artículo que al respecto se había publicado en **Estrategia** siete años antes.<sup>73</sup>

Ciertos autores —señala Sebreli— niegan la existencia de una diferenciación económica entre la burguesía terrateniente y la burguesía industrial. Milcíades Peña, por ejemplo, cree descubrir la identidad de intereses entre ambos sectores basándose en la Guía de Sociedades Anónimas, donde la mayoría de las empresas industriales que figuran están encabezadas por un apellido tradicional de innegables intereses agropecuarios tales como Anchorena, Santamarina, Braun Menéndez, etc. Lo que no advierte Peña es que la participación de estos grandes apellidos en los Directorios de las Sociedades Anónimas resulta, casi siempre, más nominal que real, y su inclusión se debe al fácil acceso que tienen en las altas esferas cuando es necesario gestionar una concesión o un crédito. Si no admitimos las contradicciones entre burguesía agropecuaria y burguesía industrial, no podemos explicarnos al Estado peronista ni su lucha contra la oligarquía y el imperialismo.<sup>74</sup>

Esta vez el encargado del contraataque por parte de **Fichas** fue Jorge Schvarzer. Con el seudónimo de Jorge Sagastume dedicó cinco de las nutridas páginas de la revista a demoler teórica, política y metodológicamente al libro y a su autor: “‘Vida cotidiana’ y ‘alienación’ —categorías esenciales del pensamiento moderno— han sido utilizadas

---

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 69

<sup>73</sup> Juan José Sebreli, **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964. El artículo de Peña cuestionado por Sebreli es “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, en **Estrategia** n° 1, septiembre 1957.

<sup>74</sup> Juan José Sebreli, **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 15ª ed., pp. 54-55.



recientemente, con una completa falta de responsabilidad intelectual, para facilitar la venta de un libro que firma Juan José Sebreli”.<sup>75</sup> Así, todo un apartado —denominado “La receta de los Sebreli”— insistía en presentar al libro como el resultado de una manipulación intelectual con fines comerciales:

¿Cuál es en definitiva la receta de Sebreli para estudiar la vida cotidiana y la alienación? Héla aquí: Dígase marxista: nombre algunas veces al marxismo (si no lo conoce no se preocupe, los demás tampoco); deslice explicaciones en términos de frustraciones psicológicas y sexuales; agregue elogios a la clase obrera (o, al menos, menciónela melancólicamente); y luego intercale cualquier narración más o menos bien escrita (si es posible con citas de escritores franceses). Agregue un título con las otras categorías sociológicas de moda... y ya está. Su cocktail literario alcanzará sin duda alguna un éxito resonante entre la *intelligentzia* argentina. ¡Ah!, no se olvide. Para rematar el éxito de la obra critique estridentemente, sin sentido pero con mucho sonido, a esa misma *intelligentzia* que comprará el libro; sentará así fama de *enfant terrible* y venderá montones de ejemplares. Si alguien duda de la infalibilidad comercial de esta fórmula, que pase de inmediato a leer **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** de Juan José Sebreli.<sup>76</sup>

### Los mitos de la clase obrera: un ajuste de cuentas con la vieja izquierda

Otro de los ejes de **Fichas** fue el tema de la clase obrera, al que se consagró el tercer número de la revista, significativamente titulado “Mito y realidad del proletariado”. El equipo armó aquí un número íntegramente monográfico, cuidadosamente estructurado, que se abre con traducciones de textos de autores extranjeros y se cierra con tramos de los trabajos de Peña. El objetivo del conjunto estriba en recuperar para un marxismo abierto una concepción racional y empíricamente fundada de la centralidad del proletariado a partir de la crítica de todos aquellos mitos izquierdistas —comunistas, trotskistas, populistas— que hacían del Proletariado el Mesías Salvador. El número se abre con una serie de citas de Marx, Engels y Lenin al respecto, buscando resaltar el carácter antidogmático y antimesiánico que animó a los padres del socialismo en sus respectivos intentos por definir y organizar la centralidad obrera. Entre ellas, resulta altamente significativo el rescate de aquella intervención de Marx en la Liga de los Comunistas en que contrasta la actitud del partido proletario con la de la secta. En aquella

La minoría suplanta la observación crítica por la intuición dogmática, la intuición materialista por la idealista. Para ella, la rueda motora de la revolución no son las circunstancias reales, sino la simple voluntad. Mientras que nosotros decimos a los obreros: tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, y no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiarlos a vosotros mismos, capacitándoos para el Poder, vosotros le decís todo lo contrario: ‘Es necesario que conquistemos inmediatamente el Poder, o si no, podemos echarnos a dormir’. Y mientras que nosotros hacemos ver especialmente a los obreros alemanes que el proletariado alemán no está todavía suficientemente desarrollado, vosotros aduláis descaradamente el sentimiento nacional y los prejuicios de clase de los artesanos alemanes, lo que no dudo que os valdrá más popularidad. Hacéis con la palabra proletariado lo que los demócratas hacen con la palabra pueblo: la convertís en objeto de adoración.<sup>77</sup>

Puede decirse que en estas advertencias de Marx a las sectas de su época estaban

---

<sup>75</sup> Jorge Sagastume (seud. de Jorge Schvarzer), “Buenos Aires, vida cotidiana y alienación”, **Fichas** n° 5, marzo 1965.

<sup>76</sup> *Ibid.*, pp. 61-62.

<sup>77</sup> “Definiciones y puntos de partida”, en **Fichas** n° 3, setiembre 1964. Número especial dedicado a “La clase obrera. Mito y realidad del proletariado”, p. 3. El texto completo de Marx puede leerse en Wenceslao Roces (ed.), **Biografía del Manifiesto Comunista**, México, Compañía General de Ediciones, 1967, p. 481.

contenidos los elementos de una crítica contemporánea a la idealización izquierdista-sectaria del proletariado: de una parte, dogmatismo, idealismo, inmediatismo, voluntarismo, afán de poder y demagogia; de otra, sentido crítico, materialismo, mirada de largo plazo y síntesis entre transformación revolucionaria y autotransformación subjetiva.

Para este número Peña actualiza dos tramos de los borradores de su **Historia del pueblo argentino** —los que van de 1935 a 1946. Pero entiende que para una cabal comprensión del proceso de transformación que sufre entonces la clase trabajadora argentina, del proceso de burocratización sindical a lo largo de la década de 1930 y comienzos de la siguiente, y de su cuasi-estatización bajo el peronismo, es necesaria una reconceptualización de la clase trabajadora en el marco de un marxismo renovado así como un balance histórico de las experiencias de movimiento obrero, tanto de las exitosas como de las fallidas. Es así que reúne, bajo el rubro de “La clase obrera ‘en sí’ dentro de la sociedad capitalista”, tramos de una investigación del sociólogo norteamericano Ely Chinoy sobre los trabajadores de la industria automotriz. Según el copete de presentación del texto, la paradoja que se desprende del texto es que sus condiciones de alienación en el trabajo no parecen empujar a los trabajadores hacia la “conciencia de clase” sino “que estimula en ellos el interés y el deseo de transformarse en pequeños empresarios o en trabajadores por cuenta propia”.<sup>78</sup>

Para definir lo que aparece bajo el rubro de “El esquema referencial”, Peña y su equipo tradujeron tramos de la **Introduction a la Modernité** de Lefebvre y de la monumental biografía de Trotsky en tres tomos realizada por Isaac Deutscher, entonces inédita en español. Un modelo de análisis histórico concreto del proletariado es para Peña el que Trotsky realiza a propósito de la situación, las potencialidades y las tareas del proletariado ruso en 1905. La originalidad y la audacia de las tesis de Trotsky —la reformulación más radical de la estrategia proletaria desde 1848, según el juicio de Deutscher— no surgían de un *a priori* dogmático sino que sólo eran posibles partiendo de un conocimiento minucioso de la historia y la estructura social rusas. Peña se vale de la reconstrucción que el historiador polaco radicado en Londres Isaac Deutscher (1907-1967) lleva a cabo de las tesis del autor de la revolución permanente.

Deutscher había logrado reunir sabiamente las dotes de historiador que congeniaba sus propias simpatías políticas con un adecuado distanciamiento historiográfico de su objeto. Es necesario llamar la atención sobre el influjo que sobre Peña ejerció en estos años la lectura de la obra de Deutscher —aparecida en inglés en los años cincuenta y sesenta—, como recuperación crítica y laica del pensamiento de Trotsky. El autor de la trilogía sobre Trotsky era, pues, como Peña, un intelectual revolucionario que también provenía de las filas del trotskismo partidario, y que apartándose de la interminable querrela de los trotskismos, había logrado afirmarse como intelectual, recuperando lo mejor del pensamiento del revolucionario ruso para un universo de lectores que excedía con creces el *gheto* de las organizaciones.<sup>79</sup>

También aprovecha Peña ciertos tramos del Lefebvre crítico de los mitos stalinistas en torno a la Clase Obrera o el Estado, propios de su etapa posterior a la ruptura con el Partido Comunista francés. Conforme los conceptos de Marx, argumentaba Lefebvre, el proletariado ha demostrado ser una fuerza social y política a escala mundial. Sin embargo, admitía, no se ha mostrado aún capaz de cambiar el curso de la historia, desalienándose a sí mismo al mismo tiempo que al resto de la sociedad:

Hoy en día estamos menos convencidos que Marx de un fin absoluto de la alienación. Esta no ha desaparecido. Por el contrario. Si en algunos sectores se atenuó, en otros se agravó. La dialéctica alienación-desalienación se muestra mucho más compleja y accidentada (como el

---

<sup>78</sup> Sin firma, “2. La clase obrera ‘en sí’ dentro de la sociedad capitalista”, en **Fichas** n° 3, p. 4.

<sup>79</sup> Perry Anderson, “El legado de Isaac Deutscher”, en **Campos de batalla**, Barcelona, Anagrama, 1998; Ariel Petrucelli, “Las antinomias de Isaac Deutscher”, en **El Rodaballo. Revista de Política y Cultura** n° 14, invierno 2002.

devenir mismo que ella jalona) de lo que Hegel y Marx lo previeron. La desalienación o tentativas de superación han producido nuevas alienaciones. [...]. Debemos renunciar a la idea de un fin de la alienación a partir de un acto absoluto, filosófico (Hegel) o socio-político (Marx).<sup>80</sup>

Esto implicaba, para Lefebvre, renunciar a entender la revolución meramente como “la toma del poder del Estado y el refuerzo del Estado así remodelado”, a la clase obrera como “revolucionaria por esencia ontológica” y al partido de la clase obrera como único, omnisciente, omnipotente, omnipresente.<sup>81</sup> Lefebvre busca erradicar el esencialismo del marxismo, sus lastres obreristas, estatistas, sustituyistas, atendiendo a la dimensión utopizante, a la subjetividad, a la negatividad histórica, a las prácticas autogestivas que reintegren el sentido de la gestión social (no estatal) de los medios de producción.

Asimismo, el número incluye numerosos fragmentos de obras de Lenin y Trotsky referidas a la clase obrera: un texto del Lenin más libertario, contemporáneo de **El Estado y la revolución** (1917), en que remarca la necesidad de la iniciativa espontánea de las masas obreras para crear un nuevo orden laboral, cultural y social frente a los riesgos de imposición de una “uniformidad desde arriba”; otros de Trotsky relativos a dimensiones extraeconómicas y (en el sentido restrictivo del término) extrapolíticas, como la cultura y la vida cotidiana de la clase obrera rusa tras la revolución.

El conjunto de textos reunidos en el *dossier* (Marx, Lenin, Trotsky, Deustcher, Lefebvre) había sido estructurado como para terminar convergiendo en (y contribuyendo a sostener) el trabajo con que se cerraba el volumen: “El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina”. Frente a, por un lado, los mitos izquierdistas y populistas que idealizaban a las masas obreras y, por otro, al conservadorismo de los sociólogos profesionales que consideraban la condición asalariada según sus patrones de “normalidad”, Peña se propone llevar a cabo un análisis descarnado, libre de mitos, de “lo que la clase obrera es” en nuestro país. Por supuesto, advierte, que no es la suya una aspiración de “imparcialidad”, sino de una “objetividad” en la cual los juicios de valor del autor deben explicitarse.<sup>82</sup>

Entiende Peña que el comportamiento de la clase obrera “puede inscribirse en un continuo que va desde la aceptación silenciosa del *statu quo* hasta la acción violenta insurreccional”. Desde el punto de vista de su actividad, su comportamiento oscila entre el quietismo y la combatividad, entre el acatamiento a sus direcciones tradicionales y su insubordinación, entre su heteronomía y su autonomía; desde el punto de vista de su conciencia, la clase obrera oscila desde posiciones de aceptación del orden social hasta otras de abierto desafío al mismo, las que tienden a desembocar en una insurrección. Denomina a estas cuatro posiciones: quietismo/combatividad; conservadorismo/revolucionarismo y construye un cuadro de doble entrada, que permite pensar situaciones donde una clase obrera nacional

puede ser quietista y conservadora, como la clase obrera argentina a partir de 1945; o conservadora pero no quietista sino combativa y activamente militante, como la clase obrera norteamericana desde 1920; o quietista pero no conservadora, como la clase obrera francesa desde 1958; o, en fin, ni quietista ni conservadora sino combativa y revolucionaria, como la clase obrera rusa hasta 1926, o como la clase obrera española desde 1930 hasta 1939.<sup>83</sup>

Se ha querido ver en este artículo, escrito “en el estilo de la sociología académica”, un

---

<sup>80</sup> Henri Lefebvre, “El proletariado, mito y realidad”, en **Fichas** n° 3, p. 8.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 7 y ss.

<sup>82</sup> Gustavo Polit (seud. de Milcíades Peña), “El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina”, en **Fichas** n° 3, cit. Incluido en M. Peña, **Industrialización y clases sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

<sup>83</sup> Gustavo Polit, *op. cit.*, pp. 71-72.

“planteo ahistórico” que “nada tiene que ver con el marxismo: es funcionalismo puro”.<sup>84</sup> En verdad, el crítico de Peña se despista frente al discurso de **Fichas**, incapaz de entender la ironía que Peña desplegaba en ella como revista marxista que *aparecía* como revista de ciencia social, pero donde se revalorizaba el marxismo crítico y se cuestionaba a la sociología académica. Pero el fondo del desacuerdo del crítico con Peña es su desaprobación y su disgusto ante un registro de análisis que, partiendo de la puesta en cuestión del supuesto izquierdista de que la clase obrera es ontológicamente revolucionaria, busca discriminar entre distintos comportamientos históricos en las distintas clases obreras nacionales. Peña busca salir de las afirmaciones generales del marxismo vulgar acerca de una clase obrera homogénea, siempre heroica y dispuesta al combate, para atender a variables tales como su composición social, su relativa heterogeneidad, sus específicas condiciones de vida, ingreso y consumo, sus grados de organización, su disposición a la lucha, su autonomía, su conciencia política, etc. Por lo demás, en su intento por *historizar* a la clase obrera, es consciente de los límites de su esquema referencial:

El quietismo y el conservadorismo son categorías —es decir: puntos de vista, apostaderos desde los cuales nos acercamos al estudio de la clase obrera— obviamente analíticos y por lo tanto unilaterales, abstractos. El ser real de la clase obrera es más rico, más real que tales abstracciones, como que consiste precisamente en la suma de esas y otras muchas abstracciones.<sup>85</sup>

El objetivo de Peña es aquí enfatizar, a contrapelo de los análisis de la izquierda tradicional y aún de la nueva izquierda, que el peso de la experiencia peronista en condiciones de heteronomía había dejado una huella profunda en la clase obrera argentina. Las innegables mejoras sociales recibidas durante el primer peronismo no habían sido concesiones graciosas: iban a tener un altísimo costo político sobre una clase obrera que, en verdad, ya no era la misma que había manifestado su combatividad revolucionaria en las primeras décadas del siglo XX. Una nueva clase obrera se había constituido desde mediados de la década de 1940 sobre la base de prácticas paternalistas por parte del Estado, de concesiones otorgadas “desde arriba”, de una organización sindical jerárquica y disciplinadora, de marchas y manifestaciones garantizadas desde el Estado por las fuerzas del orden. Incluso herramientas históricas de lucha como la huelga habían logrado ser parcialmente institucionalizadas mediante una burocracia sindical que si amenazaba con el paro siempre garantizaba el control negociado de todo conflicto.

Sin embargo, esta realidad desencantada aparecía ante los ojos de los espectadores de aquella Argentina en forma invertida, *como si* fuera otra cosa que la que realmente era. A propósito de lo que podríamos llamar el “fetichismo de la Argentina”, Peña escribió una de sus páginas más irónicas e inspiradas:

La Argentina es el país del ‘como si’. Durante muchos años lució como si fuera un país moderno en continuo avance, pero en realidad era un país atrasado, que iba quedando cada vez más atrasado respecto a las naciones industriales. Luego, desde 1940 hasta 1955, pareció como si la población toda se tornase cada vez más próspera, pero en realidad el país se descapitalizaba velozmente día tras día y mientras se iba quedando sin medios de producción se atiborraba de heladeras, de telas y de pizzerías. Naturalmente, el ingreso *per capita* en la Argentina es relativamente alto, más que el de Japón, por ejemplo, como si tuviera un alto grado de capitalización, pero desde luego es pura ilusión, y la capitalización *per capita* es mucho más elevada en Japón. Y así por el estilo.

En fin, el peronismo fue en todo y por todo el gobierno del ‘como si’. Un gobierno conservador que aparecía como si fuera revolucionario; una política de estancamiento que hacía como si fuera a industrializar al país; una política de esencial sumisión al capital

---

<sup>84</sup> Osvaldo Coggiola, **El trotskismo en la Argentina. 1960-1985**, Buenos Aires, CEAL, 1986, pp. 20-21.

<sup>85</sup> Gustavo Polit, op. cit., p. 71.

extranjero que se presentaba como si fuera a independizar a la Nación; y así hasta el infinito.

En la clase obrera el ‘como si’ peronista dejó huellas profundas. El Estado peronista dio a luz una poderosa institución sindical que parecía como si fuera un producto surgido del seno de la clase obrera; pero en realidad le había sido dada desde arriba, desde las cúspides del Estado, y desde allí era manejada. El peronismo incrementó la participación de los obreros en la renta nacional y pareció como si este y otros beneficios concedidos fueran conquistas obreras; pero en realidad la clase obrera los obtuvo sin lucha, yendo ‘de casa al trabajo y del trabajo a casa’. Pero, además, el peronismo utilizó las huelgas, las concentraciones masivas, las canciones que hablaban de ‘combatir al capital’, y hasta la proclamación de las milicias obreras, todo como si fuera un combativo movimiento obrero, revolucionario incluso; pero en realidad todo ello era solamente libreto, un libreto en el cual la clase obrera era mera masa de maniobra, una impotente multitud de extras convocados al teatro político para representar la farsa histórica de la revolución peronista.

Los dirigentes sindicales peronistas han heredado el arte de dirigir a la clase conforme a una política perfectamente conservadora pero capaz de impresionar como si fuera revolucionaria o, por lo menos, como si rompiera los marcos del quietismo y el conservadorismo. Tal es el caso del ‘Plan de Lucha’ de la CGT y sus ocupaciones de fábrica. En principio, la ocupación de fábricas involucra un abierto desafío a la propiedad privada de los medios de producción y plantea en cada fábrica el problema del poder. Es, pues, un arma de la lucha de clases apreciablemente explosiva, sobre todo por la iniciativa, la independencia y la decisión que tiende a movilizar en los obreros. Pero la dirección sindical peronista, acompañada por el conjunto de la clase obrera, ha hecho en la Argentina como si ocupara las fábricas, incluso como si tomara rehenes entre los patrones, sin despliegue significativo de iniciativa, de independencia o de decisión por parte de la clase, que de esas jornadas extrajo tanta experiencia combatiente como experiencia militar extraen los conscriptos en un desfile, o menos aún.<sup>86</sup>

La burocracia sindical es expresión, al mismo tiempo que refuerzo, del quietismo y el conservadorismo de la clase obrera argentina. Esta capacidad de disciplinamiento de la clase obrera por la burocracia sindical no fue exclusiva del gobierno peronista. Aún después de 1955, cuando la clase obrera sufre una significativa pérdida de posiciones en el reparto de la renta nacional, el aparato sindical es expulsado del Estado y se endurece la presión empresaria, la nueva dirección sindical que emerge desde la base, enfrentada a un Estado por momentos hostil (aunque conciliador en otros), se reveló tan quietista y conservadora como la que funcionó como una casta estatal entre 1945 y 1955. En efecto, si “después de 1955 ha debido apelar con cierta frecuencia —o mejor dicho: hacer como si apelara— a métodos clásicos del movimiento obrero (huelgas, paros, ocupaciones de fábrica)”, lo ha llevado a cabo “estimulando siempre el quietismo de la clase, y compartiendo y estimulando su conservadorismo, por comisión consciente de una política de conciliación de clases, y por omisión, mitad consciente y mitad inconsciente, de todo intento de educar a la clase obrera en pautas de conducta distintas a la rutina habitual”.<sup>87</sup>

Sin embargo, en esta visión desencantada de las luchas obreras, había que dar cuenta de situaciones agudas de conflicto obrero posteriores a la caída de Perón, como la “resistencia peronista” al régimen de “la Libertadora” o las huelgas de los frigoríficos bajo el gobierno de Arturo Frondizi. Para Peña se trató de desbordes momentáneos, de alteraciones significativas pero finalmente controladas, que no lograron transformar cualitativamente a la clase en un sentido autónomo de la burocracia sindical ni de la ideología peronista:

En las ocasiones en que la clase obrera evidenció alguna tendencia a alejarse un tanto del quietismo —entre octubre y noviembre de 1955, cuando todos los sindicatos fueron declarados en estado de asamblea, o en enero de 1959— la actuación de la burocracia sindical, mezcla de ineptitud y perfidia, fue decisiva para extirpar esos brotes y lograr que la clase retornara al

---

<sup>86</sup> *Ibíd.*, pp. 73-74.

<sup>87</sup> *Ibíd.*, pp. 77-78.

quietismo.<sup>88</sup>

¿Cuál era la base material, social, que permitía explicar este carácter quietista y conservador de la clase obrera argentina posterior a 1945? Para Peña, la clave última estaba dada en la propia estructura económico-social del país, “que posibilitaba una ligera redistribución de la renta nacional en beneficio de los asalariados, sin conmociones sociales”. La clase obrera industrial, entiende Peña, posee un nivel de ingresos relativamente alto comparado con el de los restantes asalariados del campo y la ciudad, y aún respecto de sectores medios pauperizados (jubilados, pensionistas, empleados administrativos). Las altas tasas de ganancia de la burguesía industrial argentina, la crónica inflación de nuestra economía y el funcionamiento eficaz de una burocracia sindical negociadora contribuyeron a dibujar la fisonomía de la clase obrera argentina:

esta situación ha estimulado necesariamente el quietismo del proletariado, su confianza en la posibilidad de alcanzar todos sus objetivos económicos de modo pasivo, mediante la capacidad negociadora de la burocracia sindical. Y ha estimulado también una mentalidad conservadora favorable a la conciliación de intereses que existe entre obreros y empresarios industriales en cuanto ambos se benefician de una estructura económica que genera altas ganancias y altos salarios industriales en perjuicio absoluto de los estratos pequeñoburgueses de ingresos fijos y en detrimento relativo de los empresarios y trabajadores agropecuarios.<sup>89</sup>

Pero además de estas condiciones estructurales, también la dimensión histórica, la de la tradición, la de la experiencia, habían contribuido a modelar esta clase. La coyuntura de prosperidad económica habida entre 1943 y 1952 favoreció la emergencia de un gobierno bonapartista que utilizó todos los recursos del Estado para otorgar a la clase obrera (y a su burocracia sindical) una serie de beneficios que redundaron en una mentalidad de progreso fácil, “logrado más bien como regalo de Dios que como producto de un esfuerzo sostenido”. Y concluía Peña:

De tal modo el bonapartismo peronista desarrolló y arraigó profundamente en la clase obrera actitudes favorables hacia el orden social, las cuales se expresaban de modo concentrado en la ideología de la unidad de clases, de la comunidad de intereses entre obreros, capitalistas, militares y funcionarios. Es un hecho que luego de 1955 la clase obrera perdió algunos de los beneficios que le fueron dados, pero la pérdida no ha sido tan grande ni tan dramática como para ser percibida de modo tal que conmoviera las actitudes existentes y su expresión ideológica. Se requirió la crisis de 1929 y la desintegración del mercado mundial para sacudir la confianza de la clase dirigente argentina en que la Pampa, las vacas y Dios eran garantía harto suficiente de su perpetuo enriquecimiento. El futuro dirá qué concatenación de hechos se requiere para sacudir el temperamento quietista, la confianza de la clase obrera en que se puede marchar ordenadamente del trabajo a casa y de casa al trabajo, puesto que su bienestar y prosperidad están garantizadas por el Estado benefactor y por la habilidad de la burocracia sindical para maniobrar entre patrones, militares y funcionarios.<sup>90</sup>

Otra vuelta de tuerca sobre el tema de la clase obrera, vinculada también al pensamiento de Wright Mills, fue una sección aparecida en el n° 6. En ella se reunían un fragmento de un viejo texto de Mills referido a la clase obrera norteamericana y a la dirigencia sindical, un artículo de Stanley Aronowitz aparecido en **Studies on the Left** y un fragmento de Deutscher.<sup>91</sup> Mientras el trabajo de Mills se centraba en la apatía política del

---

<sup>88</sup> *Ibíd.*, p. 78.

<sup>89</sup> *Ibíd.*, p. 78.

<sup>90</sup> *Ibíd.*, pp. 79-80.

<sup>91</sup> C. Wright Mills, “Una estrategia para los sindicatos” (fragmento de **The New Men of Power**, cit); Stanley Aronowitz, “¿Qué puede esperarse de la clase obrera norteamericana?” (de **Studies on the Left**, Fall 1963); I. Deutscher, “Acerca de C. Wright Mills y de la clase obrera como agente de cambio histórico” (fragmento de **The**

trabajador norteamericano y en la burocratización e institucionalización de la dirección sindical, Aronowitz relativizaba históricamente su postura, alegando que la estimación de Mills descansaba sobre la base del *boom* capitalista de la posguerra, pero que el propio Mills hubiese podido corregirla sobre la base de las condiciones actuales del fin de la expansión económica y la consiguiente aparición de ciertos factores desequilibrantes en el sistema. Por su parte, Isaac Deutscher, admitiendo que la historia contemporánea había sometido a una dura prueba la tesis marxista del proletariado como sujeto de la revolución, entendía que considerada en el largo plazo (el último siglo) la tesis de Marx se había mostrado correcta:

A pesar de las derrotas sufridas y de las frustraciones experimentadas en lo que se refiere a alcanzar el fruto de sus victorias, y más aún, a pesar de la frustración de no tomar parte decisiva en las conmociones de las dos últimas décadas, no es posible despojar al proletariado de su papel histórico como 'agente primordial del socialismo', galardón obtenido en el lapso de un siglo. Es preciso apelar al sentido de la proporción y de la perspectiva, a fin de no formular generalizaciones de largo plazo, acerca de todo un proceso histórico, en base a sólo un aspecto particular del mismo.<sup>92</sup>

### Un análisis marxista de la experiencia peronista

Otro de los temas favoritos de **Fichas**, obviamente vinculado con el anterior, será el peronismo. El n° 7 fue un especial dedicado al tema, para el cual Peña actualiza el capítulo de la **Historia del pueblo argentino** correspondiente al período 1945-55 y reúne una serie de “Documentos para la Historia del Peronismo” cuya publicación se va a extender a los dos números siguientes. A contrapelo de la tendencia a la revalorización del peronismo propia de la nueva izquierda intelectual,<sup>93</sup> Peña, con el grupo de **Fichas**, recuperará la vena crítica y desmitificadora de sus viejos textos sobre el movimiento que lideró el general Perón. Ya el *collage* de tapa del n° 7 instalaba al lector en ese espíritu desmitificador: reunía en abierto contraste la imagen de una manifestación peronista, obreros con los puños en alto, con la foto de Perón y Eva Duarte tomando café en una plácida sobremesa. Entre una y otra foto, se reproducía el titular del diario entonces oficialista **Democracia** de septiembre de 1955, días antes del golpe militar que lo derrocó: “Me quedaré, afirmó el líder, pero a condición de que cada uno se prepare para luchar / Perón por el Pueblo / Empezaremos una nueva vigilia en armas, dijo el presidente en memorable asamblea / Impondremos la calma a cualquier precio...”<sup>94</sup>

El capítulo de la **Historia del pueblo argentino** referido a los gobiernos peronistas que Peña actualizó para este número fue rebautizado “el gobierno del ‘como si’”. Pues si Argentina era el país del “como si”, aquel mundo invertido donde las cosas aparecen como lo contrario de lo que son, el peronismo era el “como si” llevado al paroxismo: un gobierno conservador que aparecía como revolucionario; una política que nace con un notable sometimiento al imperialismo inglés y termina sometándose al imperialismo estadounidense, pero que luce como antiimperialista; una política de estancamiento que hacía como si fuera de industrialización... Las polémicas tesis de Peña sobre el peronismo como una forma de bonapartismo conservador se acompañaban de una minuciosa selección de documentos que abarcaban el período 1945-55. Prolijamente estructurados según temas (la campaña electoral de 1946, Perón e Inglaterra, Perón y los Estados Unidos, Perón y la economía, peronismo y

---

**Age of Permanent Revolution. A Trotsky Antology**, Nueva York, Dell Publishing Co., 1964), en **Fichas** n° 6, junio 1965.

<sup>92</sup> Isaac Deutscher, “Acerca de C. Wright Mills ...”, *op. cit.*, p. 65.

<sup>93</sup> Oscar Terán, **Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966**, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 55; Carlos Altamirano, “Peronismo y cultura de izquierda”, mimeo, 1992, p. 41.

<sup>94</sup> **Fichas**, año 2, n° 8, octubre de 1965. El *collage* de tapa se completa con un gráfico que revelaba el estancamiento de la economía argentina en la década peronista.

lucha de clases, la política internacional peronista, etc.), con su correspondiente indicación de fuentes, constituían para Peña un “muestreo de información, realizado en base a discursos de Perón y sus colaboradores, a editoriales de la prensa nacional y extranjera, a documentos oficiales y a otras fuentes que el lector hallará indicadas al pie de cada transcripción”.<sup>95</sup> Entre ellos aparecen textos de diplomáticos británicos apoyando a Perón; del presidente del Banco Central, don Miguel Miranda, en las negociaciones por la nacionalización de los ferrocarriles británicos; un crítico balance realizado por el **Economic Survey** del proyecto del primer plan quinquenal; un brindis del entonces capitán de navío Isaac Rojas (1952) “por el General Perón, por la señora Eva Perón y por la CGT”; o confusas declaraciones de Perón —ya incitando a la violencia, ya llamando a ir “de casa al trabajo y del trabajo a casa”— en las vísperas de septiembre de 1955...

Mención aparte merece el capítulo dedicado a recoger distintos testimonios de Eva Perón, que Peña tituló “El bonapartismo con faldas”. Pero si esta sorprendente selección de textos —en que Evita se despacha con inusitadas comparaciones históricas, como aquella en que pone a la “Revolución Peronista” por encima de la Revolución Francesa, y a Perón por sobre los líderes de 1789 y de 1917— apunta (dentro del conjunto de documentos seleccionados) a sostener una contraimagen del peronismo, destacando aquellos aspectos que evidencien el carácter improvisado, conservador y hasta farsesco, hay una cierta matización en el caso de Eva. El número incluye un texto de Luis Franco, “A propósito de Eva Perón”, donde se pregunta si fue una “aventurera de gran estilo” o una “mujer de pueblo orgánicamente identificada con sus dolores y sus sueños”:

¿Era Evita una aventurera de gran estilo, típica de una época de aguda descomposición y transición, guiada sólo por una vanidad y una ambición sin lastre? ¿Era una mujer del pueblo, orgánicamente identificada con sus dolores, su servidumbre y sus sueños de reivindicación? Sin duda fue algo virginalmente inédito: una emocionante combinación de Madama Pompadour y Luisa Michel.<sup>96</sup>

El tratamiento crítico del peronismo fue, más allá del especial preparado para el n° 7, uno de los ejes en torno de los cuales giró la experiencia de **Fichas**. Recordemos que buena parte de la polémica con Ramos estuvo destinada a discutir las afirmaciones de éste en torno al peronismo como “agente propulsor de la industrialización”<sup>97</sup> y que el n° 9, dedicado a evaluar los alcances y límites de la política de industrialización y reforma agraria de Gamal Abdel Nasser en Egipto, concluía con un paralelo entre peronismo y nasserismo preparado por Jorge Schvarzer.<sup>98</sup>

Otro tema que se reitera obsesivamente en **Fichas** es el de los modelos de industrialización. Bajo la firma de Manuel López, Jorge Schvarzer había preparado un informado trabajo sobre el proceso chino de acumulación, al que se lo cotejaba con el soviético (**Fichas** n° 5 y 6). Para el estudio del proceso soviético, se traducen textos de Trotsky, de Deutscher y un capítulo de la obra inédita en español de Alexander Erlich (**The soviet industrialization debate**) donde se exponía la postura entonces escasamente conocida del economista de la Oposición de Izquierda Eugeni Preobrazhenski en el “Gran debate” soviético de la década de 1920 (**Fichas** n° 2 y 5). El n° 9, como ya señalamos, se centró en otro proceso de industrialización en curso, el del “socialismo egipcio”. El n° 10, finalmente, se organizó en torno al cotejo entre “Argentina y Estados Unidos, bases reales de dos

<sup>95</sup> Presentación al dossier sobre peronismo, **Fichas** n° 7, p. 22.

<sup>96</sup> Luis Franco, “A propósito de Eva Perón”, **Fichas** n° 7, 60. En el texto de Franco, aparecido originariamente en su **Biografía Patria** (1956), están contenidas en escorzo muchas de las tesis desarrolladas por Juan José Sebrelli en **Eva Perón, ¿aventurera o militante?**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1966.

<sup>97</sup> Milcíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa, “Industrialización, Burguesía Industrial y Marxismo...”, *op. cit.*, en **Fichas** n° 8, pp. 33-38.

<sup>98</sup> Jorge Sagastume (seud. de Jorge Schvarzer), “Nasserismo y peronismo”, en **Fichas** n° 9, Buenos Aires, abril-mayo 1966, pp. 14-18.



destinos diferentes”. Reunía una serie de estudios sobre los primeros síntomas de la crisis de la economía keynesiana en el Norte y el surgimiento de los movimientos de contestación: los negros, los estudiantes y los intelectuales que comienzan a poner en cuestión la Guerra en Vietnam (uno de los artículos, el de Harry Magdoff, había sido extraído de **The Socialist Register** y otros dos de **Studies on the Left**). El número se completaba con un ensayo donde Luis Franco cotejaba las dos grandes figuras de cada subcontinente (Sarmiento y Lincoln) y una actualización del texto de Peña centrado en la comparación entre la colonización española y la inglesa en las dos Américas.<sup>99</sup>

A la invitación de la revista a enviar colaboraciones sólo habían respondido Marcos Kaplan, Luis Franco y Juan Carlos Rubinstein. Kaplan, ya desvinculado de Silvio Frondizi, colaboró primero con un artículo sobre los “Orígenes de la política petrolera argentina” en el período anterior al yrigoyenismo (**Fichas** n° 4) y luego con una extensa investigación, publicada por partes, sobre la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), aquel proyecto de creación de un mercado común en el subcontinente que intentó ponerse en marcha a comienzos de aquella década (**Fichas** n° 5, 6, 7 y 8). Franco, como queda dicho, colaboró con su provocativo texto sobre Eva Duarte (**Fichas** n° 7) y con su paralelo entre Sarmiento y Lincoln (**Fichas** n° 10). Rubinstein envió un trabajo sobre el peronismo que apareció en **Fichas** n° 8.

Es cierto que en la revista aparecen otros nombres de investigadores contemporáneos, pero deberíamos incluirlos dentro de un rubro especial: los colaboradores forzosos. Recordemos la inclusión del texto de H. Berlatzky sobre la relación entre ganaderos e industriales (**Fichas** n° 1), al que se sumaron artículos como el de Oscar Morgenstein sobre los riesgos de error en las estadísticas (**Fichas** n° 2), una ponencia de Tulio Halperin Donghi en la que traza un estado de la cuestión de la historiografía económica argentina (**Fichas** n° 8), otra ponencia presentada en las mismas jornadas de Ruggiero Romano sobre el desarrollo económico (**Fichas** n° 8) o una conferencia de Horacio Flores de la Peña sobre planeación y desarrollo en América Latina (**Fichas** n° 9). Mención aparte merece la publicación de una síntesis de **The Argentine Riddle** (**Fichas** n° 7), un libro de extraordinario interés para Peña que se daba a conocer por primera vez al público argentino. Además de su valor intrínseco, la obra estaba escrita por Félix Weil, aquel economista marxista y empresario germano-argentino que había fungido como mecenas de la Escuela de Frankfurt.<sup>100</sup>

Es también reveladora la política de traducciones de **Fichas**. Ya nos hemos referido a la publicación de textos desconocidos o escasamente transitados de Trotsky. Sin embargo, no es esto lo distintivo de **Fichas**. Hay que destacar la sistemática edición de fragmentos de la obra de Isaac Deutscher, de Henri Lefebvre y de C. Wright Mills que ya hemos referido. Pero además de la difusión de estas figuras que apadrinarán a la “nueva izquierda”, **Fichas** dará a conocer textos extraídos de las revistas típicas de ese movimiento, como la americana **Studies on the Left** (artículos de I. Horowitz, S. Aronowitz), la inglesa **The Socialist Register** (artículos de Deutscher y Magdoff) o la francesa **Arguments** (de la que extrae un artículo de Jean-Claude Filloux sobre decisión colectiva y autogestión socialista). No deja de llamar la atención la anticipación con que la revista se ocupa de dar cuenta de la escuela estructuralista europea, con la publicación, dentro de la sección “Fichas de actualización profesional”, de un texto titulado “La noción de estructura” —sin duda escrito sobre la base de textos de Lefebvre.

---

<sup>99</sup> **Fichas**, año 2, n° 10, junio-julio 1966.

<sup>100</sup> Félix J. Weil, **The Argentine Riddle**, Nueva York, John Day Company, 1944. Sobre la vida y obra de Weil, v. Mario Rapoport, **Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt**, Buenos Aires, Debate, 2014. El propio Rapoport señaló en una conferencia reciente que descubrió a Weil en las páginas de **Fichas**, estableciendo un vínculo entre la revista de Peña, la labor de Jorge Schvarzer y la obra Félix Weil: “Félix Weil, Jorge Schvarzer y el enigma argentino”, disponible en línea en: <http://www.jorgeschvarzer.com.ar/pdf/homenajes/8-6ta-conferencia-felix-Weil-Jorge-Schvarzer-y-el-enigma-argentino.pdf>

## El testamento político de Milcíades Peña

La respuesta del público es entusiasta: los números de **Fichas** se agotan en los kioscos. Su radio de venta incluyó el interior del país y alcanzó un buen número de suscriptores extranjeros (toda buena biblioteca de Europa o Estados Unidos cuenta con su colección de **Fichas**). En 1965 sale a la venta el primer volumen encuadernado de **Fichas** (nº 1-6) munido de un índice, y se suma a la edición de la revista la colección de los “Cuadernos de Fichas”, cuyo primer número es un texto de Henri Lefebvre (“¿Es el marxismo una filosofía?”) presentado por el propio Peña.<sup>101</sup> Pero en contraste con la respuesta del público, la aparición de **Fichas** fue recibida silenciosamente por el resto de las publicaciones, ya sean de la izquierda tradicional o de la nueva izquierda. No es aventurado conjeturar, sin embargo, que hayan sido estos sectores el principal público consumidor de **Fichas**, como lo ponen en evidencia la obligada respuesta de Ramos o el silencioso influjo de muchas de sus tesis sobre las figuras intelectuales de la nueva izquierda, como Ismael Viñas o Juan Carlos Portantiero.<sup>102</sup>

Dado que el silencio era el políticamente esperable, es posible afirmar que, a fines de 1965, con ocho números en la calle, el proyecto **Fichas** parece definitivamente consolidado. Peña parece haber logrado a través de **Fichas** su merecido reconocimiento intelectual, al mismo tiempo que había alcanzado cierto éxito con su empresa de investigaciones de mercado. Además, en 1964 se había agrandado la familia con el nacimiento de Milcíades hijo. Todo parecía indicar entonces que la consolidación familiar, profesional y político-intelectual habían finalmente asentado una estructura de personalidad que había sufrido graves fracturas desde su infancia.

El número 8 de **Fichas**, aparecido en diciembre de 1965, anuncia para la próxima entrega un artículo de Peña: “Preguntas y respuestas sobre el peronismo”. Pero el número 9, de abril-mayo de 1966, se abre con esta nota:

El 29 de diciembre de 1965 quedaban abandonados sobre el escritorio de Milcíades Peña los bocetos de las ‘Preguntas y respuestas sobre el peronismo’. Su autor a los 32 años de edad, había muerto repentinamente, dejando trunco su trabajo. Con su desaparición **Fichas** pierde mucho más que el artículo prometido para este número; pierde su principal inspirador y consejero.

Pero el estudioso que sentía palpitar en él los problemas del país y de nuestro tiempo, el intelectual que dedicó su vida al análisis y desmenuzamiento de la estructura y de las relaciones de poder en nuestro país, como paso previo hacia su transformación revolucionaria conciente, ha dejado una valiosa herencia. Los miembros de la Junta de Editores de **Fichas** están trabajando ya sobre el abundante material (estudios, artículos, esbozos) dejado por Peña con el fin de poder entregarlo a sus lectores. Ese el mejor homenaje que pueden hacer a la memoria de Milcíades Peña, revolucionario, maestro, amigo.<sup>103</sup>

---

<sup>101</sup> Henri Lefebvre, **El marxismo sin mitos. I. ¿Es el marxismo una filosofía?**, Buenos Aires, Data, 1965, presentación de L. S. R. [seud. de Milcíades Peña], reproducida luego como introducción a H. Lefebvre, **Obras escogidas**, *op. cit.*

<sup>102</sup> Finalmente, y acaso como reacción ante el reclamo de Peña, uno de los articulistas de **Pasado y Presente** hace el correspondiente reconocimiento bibliográfico a **Fichas**, citándola numerosas veces en notas al pie: v. Guillermo Carlés, “La teoría de Prebisch y el desarrollo del capitalismo contemporáneo”, **Pasado y presente** nº 9, abril-setiembre 1965.

<sup>103</sup> **Fichas**, año 2, nº 9, abril-mayo 1966, retirada de tapa. Nota sin firma, redactada por Jorge Schvarzer. Tras la muerte de Peña, el grupo de amigos decidió seguir editando **Fichas**, cuyo último ejemplar correspondió al nº 10 (junio-julio 1966), pues el golpe militar de junio de 1966 encabezado por el General Onganía hizo inviable su continuidad. Jorge Schvarzer, con la ayuda de Luis Franco, rescató los manuscritos inéditos de Peña para ir publicando, entre 1968 y 1973, los volúmenes de la **Historia del pueblo argentino**, los documentos sobre la historia del peronismo, el debate con Ramos y algunos de los ensayos del proyectado libro sobre industrialización y

En efecto, Milcíades Peña se había suicidado mediante la ingestión de pastillas la noche del 29 de diciembre de 1965 en su estudio de la calle Suipacha. Desde entonces, se tejieron en torno a esta postrer decisión las más inverosímiles conjeturas. Una de ellas, que circuló preferentemente entre los círculos de la “izquierda nacional”, aludía a las contradicciones de su doble rol de intelectual marxista y de investigador de mercado, aquella dualidad que le permitía como Parera Dennis fungir como el crítico más despiadado de la burguesía local y al mismo tiempo aparecer como Milcíades Peña colaborando en la mismísima **Revista de la UIA**; aquella tensión que hacía tolerable explicar a los mismos empresarios que despreciaba, cómo debían llevarse a cabo las investigaciones de mercado... Don Arturo Peña Lillo, que lo conoció en tanto distribuidor de **Fichas** y editor de su compilación de Lefebvre, se hace eco de ella en sus memorias: “Es dramático —reflexiona— conciliar ideales con la diaria realidad. Ese desgarramiento esquizoide se salva comúnmente racionalizando las contradicciones hasta hacer del hombre una caricatura de sí mismo. Tal vez, Milcíades Peña no pudo soportar el doble mensaje”.<sup>104</sup>

De acuerdo al cuadro de situación que puede reconstruirse sobre la base de los recuerdos de sus familiares y amigos, la conjetura de Peña Lillo es simplificadora pero guarda una cierta dosis de verdad. Pues si la apariencia era la de la consolidación profesional, familiar y político-intelectual, de los testimonios parece desprenderse que Peña sólo podía sostener su empresa, su familia y su vida pública al precio de múltiples trances y crisis recurrentes. De ello hablan su conflicto de identidad (su confusa adopción por parte de sus tíos, las visitas a su madre biológica haciéndole creer que era su tía, el tardío descubrimiento de sus hermanos), su peculiar proceso de socialización (entre mayores, sin demasiado contacto con otros niños), su tardía incorporación al mundo del trabajo, sus dificultades para que el éxito final de su empresa revirtiera en una cierta estabilidad económica, sus consiguientes dificultades para sostener materialmente a la familia o para asumir su paternidad... Entonces, si es posible hablar en términos, como hace Peña Lillo, de disociación, o de un cuadro esquizoide, este tiene sin duda raíces más profundas que los cortocircuitos que podían producir sus roles de intelectual revolucionario y de investigador de mercado. Por otra parte, Peña ya había hecho intentos de suicidio en su juventud, mucho antes de introducirse siquiera en los estudios de mercado.

Otra conjetura sobre su suicidio circuló en los medios trotskistas militantes, vinculándose a una presunta “desilusión política”. De ella se hace eco Osvaldo Coggiola, cuando asocia la decisión de Peña de quitarse la vida a sus últimas posturas sobre el conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina.<sup>105</sup> Sin embargo, un análisis atento de dos de los últimos textos de Peña parece desmentir taxativamente semejante conjetura. Uno de ellos es un artículo político, pero en el que se refiere a su experiencia en la izquierda

---

clases sociales. Por otra parte, de todo el grupo de discípulos, fue en Jorge Schvarzer sobre quien recayó el proyecto y la herencia intelectual de Peña, como lo ilustran algunos títulos de sus libros. Como homenaje póstumo al maestro, y para mayor desorientación en torno de las identidades, utilizó desde entonces y hasta 1976 uno de los seudónimos colectivos de Peña: Víctor Testa... Con este nombre publicó **Empresas multinacionales e imperialismo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972; **La explotación entre naciones**, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1974 y **El capital imperialista**, Buenos Aires, Fichas, 1975. Como Jorge Schvarzer fue autor, entre otros libros, de **La política económica de Martínez de Hoz**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987; **Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina**, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991; **La industria que supimos conseguir**, Buenos Aires, Planeta, 1996. Con su desaparición en 2009, dejó inédito un volumen que sólo conoce hasta el momento edición digital y en el que se hace explícita su formación junto a Milcíades Peña: **La clase dominante y la decadencia argentina en el siglo XX**. Disponible en línea: [http://www.jorgeschvarzer.com.ar/pdf/la\\_clase\\_dominante\\_y\\_la\\_decadencia\\_argentina.pdf](http://www.jorgeschvarzer.com.ar/pdf/la_clase_dominante_y_la_decadencia_argentina.pdf) Para un testimonio explícito de su deuda con Peña, v. “Fichas: balance de una experiencia intelectual”, en **El Rodaballo. Revista de cultura y política** n° 5, pp. 50-51.

<sup>104</sup> Arturo Peña Lillo, **Memorias de papel. Los hombres y las ideas de una época**, Buenos Aires, Galerna, 1988, pp. 86-87.

<sup>105</sup> Osvaldo Coggiola, **El trotskismo en la Argentina. 1960-1985**, *op. cit.*, pp. 20-24.

y a sus propias expectativas presentes; el otro, es un documento personal que transcribimos al final de este estudio.

El primero es su contribución al especial de **Fichas** sobre la clase obrera, una suerte de condensación de sus ideas y de ajuste de cuentas con la izquierda argentina que bien puede considerarse su testamento político. Es significativo que en él se ocupe sólo de modo tangencial de sus clásicos adversarios, el comunismo y la “izquierda nacional”, y se centre en el balance de la izquierda trotskista, de la cual proviene. Los izquierdistas, afirma allí, “alimentados por el entusiasmo militante, tienden sistemáticamente a confundir lo que la clase obrera es, con lo que [...] desearían que fuera”.<sup>106</sup> De ahí que, partiendo del

carácter ontológicamente revolucionario de la clase obrera... dedican la mayor parte de sus energías a dos tareas concurrentes y afines: primero, denunciar la supuesta contradicción entre el supuesto activismo militante de la masa obrera (a la cual siempre describen como 'empujando'), y el quietismo y conservadorismo de la dirección sindical (a la que siempre presentan como 'frenando'); y segundo, descubrir y captar políticamente a los sectores 'de vanguardia' que supuestamente experimentan con mayor conciencia y disposición militante el antagonismo de la clase frente al quietismo y el conservadorismo de la dirección sindical. Durante los últimos diecinueve años, esos grupos han creído descubrir la vanguardia obrera ora en los activistas sindicales, ora en los delegados de sección, ora en las comisiones internas de fábrica, ora en las oposiciones sindicales o en las listas opositoras que compiten con la dirección sindical establecida.<sup>107</sup>

Y cita como ejemplo dos textos de las publicaciones trotskistas (uno de Nahuel Moreno, dirigente de Palabra Obrera y otro de la recientemente creada Política Obrera) donde efectivamente los deseos y los propios y módicos esfuerzos con vistas al surgimiento de una nueva dirección obrera se proyectan ilusoriamente sobre la dura y opaca realidad de la clase trabajadora argentina.

Polemiza también con las ilusiones neopopulistas de la nueva izquierda intelectual tal como aparecen expresadas en Juan Carlos Portantiero, quien considera que el fracaso de la izquierda en su intento de penetrar en la clase obrera se debe a su incomprensión absoluta del peronismo.<sup>108</sup> Replica Peña: “Por ‘incomprensión absoluta’ este autor quiere significar la ausencia de posiciones coincidentes con las suyas propias, pero su información es deficiente”.<sup>109</sup> Ignora, observa Peña, que desde hace dos décadas un cierto número de grupos marxistas vienen trabajando con un alto grado de devota actividad militante sobre la clase obrera desde las más diversas posturas políticas, desde el clasismo más antiperonista hasta el entrismo liso y llano en el peronismo:

Las líneas políticas de esos grupos —replica Peña— componen en su conjunto la gama de prácticamente todas las posiciones estratégicas y tácticas con que es posible acercarse a la clase obrera con un punto de vista marxista —desde la abstracta prédica literaria del socialismo, hasta el ingreso organizativo en el peronismo y la actuación como corriente peronista; desde la apología del peronismo como movimiento nacional revolucionario, hasta la crítica acerba del peronismo como gobierno bonapartista conservador del *statu quo* atrasado y semicolonial. Pese a tal variedad de programas, que cubre toda la gama de programas que es concebible, y pese a la intensa actividad militante puesta al servicio de cada programa, los grupos marxistas no han logrado en el curso de veinte años ninguna influencia real entre sector alguno de la clase obrera, ya sea que esa influencia se mida por el número de adherentes obreros, por el número de dirigentes sindicales que responden a su disciplina, por la circulación de su prensa, por el número de votos obtenidos en las elecciones, o por cualesquiera otros criterios relevantes. Lo

---

<sup>106</sup> Gustavo Polit (seud. de Milcíades Peña), “El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina”, en **Fichas** n° 3, *op. cit.*, p. 70.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>108</sup> Juan Carlos Portantiero, “Crisis en la izquierda argentina”, en **Táctica** n° 1, Buenos Aires, enero 1964, p. 19.

<sup>109</sup> Gustavo Polit (seud. de Milcíades Peña), “El legado del bonapartismo”, *op. cit.*, pp. 72-73.

más cercano a influencia obtenido hasta hoy por los grupos ha sido el actuar esporádicamente como asesores periodísticos u oratorios de algunos dirigentes sindicales.<sup>110</sup>

Es que Portantiero, como el resto de la vieja y la nueva izquierda, parte del presupuesto subjetivista “según el cual la clase obrera está siempre dispuesta a escuchar a los revolucionarios a condición de que éstos sean capaces de realizar ‘un análisis correcto de la estructura económico-social de un país, de las correlaciones entre las clases y las contradicciones fundamentales’. Desde luego este enfoque no tiene nada que ver con el marxismo; y ni aún con el sano buen sentido experimental”.<sup>111</sup>

Si los grupos trotskistas acudían al fácil expediente de explicar el fracaso de la izquierda por su oportunismo, Peña critica también la política de los “contornistas”, quienes, con su apoyo a la candidatura de Frondizi, explicarían “la ineficacia de los grupos marxistas no por su ‘oportunismo’ sino precisamente por su falta de oportunismo”.<sup>112</sup>

Y unas líneas más abajo, extiende su crítica a las incipientes organizaciones armadas de la Argentina:

El florecimiento de corrientes guerrilleras y terroristas entre los grupos marxistas no es meramente una consecuencia de la Revolución Cubana. En gran medida, proviene del desencanto de quienes contaban con la clase obrera como agente de cambio llamada a convertir a la Argentina en un país socialista. Los guerrilleros o aspirantes a guerrilleros no esperan derrocar o siquiera desorganizar al Estado mediante sus guerrillas, sino que confían en las guerrillas como un medio de excitar o estimular a la clase obrera. El guerrillerismo es pues el medio mediante el cual procuran descargar su indignación y su energía revolucionaria quienes desean trabajar por un cambio revolucionario y descubren que, ahora y aquí, la clase obrera argentina no es, ni evidencia propensión, a devenir a corto plazo un agente de cambio histórico.<sup>113</sup>

¿Se trata, pues, de la desilusión de un intelectual izquierdista con respecto a la clase obrera y sus organizaciones? Resulta claro que el doble objetivo de Peña en este trabajo es, al mismo tiempo que el ajuste de cuentas con la izquierda argentina realmente existente, ofrecer una comprensión realista y descarnada de la clase obrera argentina. El hecho de que esta clase no se comportara (revolucionariamente) como se esperaba comprometió el destino de las izquierdas argentinas: el comunismo buscó suplirla por la burguesía nacional, la “izquierda nacional” por el ejército y las nuevas corrientes guerrilleras por el “foco”. Los trotskistas, por su parte, anticiparon desde la década de 1950 la teoría del “cerco”: el problema consistía en que su relación con la clase obrera estaba mediada por la burocracia sindical así como por direcciones “oportunistas” o “traidoras”: ensayaron desde entonces todas las tácticas de penetración posibles, creyendo una y otra vez que roto el obstáculo que los separaba de la clase, ésta los escucharía, comprendería su misión, y en este pasaje de clase-en-sí a la clase-para-sí, su hora sonaría por fin.

La revista **Fichas**, y en particular este ensayo, marca pues el punto más audaz y creativo del marxismo de Peña: significa no sólo el punto de ruptura con el comunismo y el nacional-populismo, sino también con las ilusiones obreristas del trotskismo vulgar. Es, al mismo tiempo que una crítica política y metodológica del proceso que conduce a ciertos grupos izquierdistas a proyectar sus deseos sobre la realidad confundiendo con ella, una reafirmación de la relativa autonomía de la teoría frente al politicismo, así como del intelectual revolucionario frente a las organizaciones políticas.

¿Está Peña efectivamente desilusionado del proletariado, como sostiene Coggiola? En otros términos, ¿ha perdido la “fe”? Si es posible identificar en su ensayo una desilusión, esta

---

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>111</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>113</sup> *Ibid.*, p. 73.

aparece claramente referida a las organizaciones de la izquierda existente que se reclaman “de” la clase obrera. Ciertamente, para el crítico de Peña la clase obrera y las organizaciones que se reclaman “de” ella se confunden en una sola y misma cosa. Por eso no puede siquiera concebir la distinción que establece Peña entre una clase obrera heterónoma, por una parte, y una serie de grupos que en vano invocan su nombre y su representación.<sup>114</sup>

En relación al potencial revolucionario del proletariado, Peña busca fundar su esperanza, más allá de la ilusión o de la fe, en una base racional:

Creemos que el proletariado es la clase que tiene mayor *probabilidad* de actuar consecuentemente y hasta el fin como agente de cambio histórico capaz de construir la sociedad socialista. Y creemos que en un país atrasado y semicolonial como la Argentina es el proletariado la clase que tiene mayores *probabilidades* de sacar al país del atraso y la subordinación, construyendo con métodos socialistas la nación moderna e independiente que el capitalismo fue incapaz de lograr.<sup>115</sup>

Pero para el marxismo vulgar es inconcebible esta formulación abierta, no planteada en términos de “necesidad histórica”, de ineluctabilidad del socialismo, sino en términos de potencialidad, de posibilidad... Para el marxista vulgar, cuya rutina es sostener que el régimen burgués sobrevive en permanente crisis y que el proletariado vive en perenne estado de lucha, cualquier afirmación de la relativa estabilidad del sistema o de la relativa pasividad de la clase obrera es lisa y llanamente una claudicación ante la Fe. Pero Peña, que en la etapa de **Fichas** había terminado por comprender que para el marxismo la producción de conocimiento era algo totalmente distinto que la literatura de propaganda, parece haberse anticipado veinte años en responderle a su crítico sobre su presunto pesimismo. Escribe Peña:

Estas observaciones sobre la clase obrera argentina no se proponen ser edificantes, y han sido formuladas sin preocupación alguna por los grados de pesimismo u optimismo que puedan estimular en revolucionarios necesitados de fe militante o en conservadores ávidos de orden...

Para los revolucionarios marxistas que confían en la clase obrera como agente de cambio histórico, el conservadurismo y el quietismo actuales de la clase obrera argentina no ofrece motivo alguno de entusiasmo. Requiere, en cambio, una buena dosis de madurez y firmeza, por el estilo de los que revelaba Lenin [...]. Desde luego, el reconocimiento del conservadurismo y quietismo actuales de la clase obrera sólo pueden generar pesimismo en quienes alimentan su optimismo revolucionario con el menguado combustible de una confianza irracional en el triunfo inmediato o cercano.<sup>116</sup>

A pesar de la contundencia de estas palabras, llama la atención el mito pertinaz según el cual Peña nunca habría terminado de romper políticamente con la organización morenista.

---

<sup>114</sup> Más de treinta años después de la publicación del texto “maldito” de Peña, ni siquiera una revista universitaria que se reclamaba del marxismo crítico y la “nueva izquierda” podía reeditarlos sin añadir a continuación siete “refutaciones”. Si bien el *dossier* presenta escaso espesor intelectual, vale sobre todo para contrastar las anticipaciones audaces de Peña con el atraso de una izquierda intelectual todavía incapaz de librarse de su servidumbre voluntaria a las organizaciones políticas. V. **Dialéctica** n° 10, Buenos Aires, julio de 1998: *Dossier* dedicado a Milcíades Peña: G. Polit (M. Peña), “El legado del bonapartismo: conservadurismo y quietismo en la clase obrera argentina”; H. Camarero, “¿Un testamento político? Reflexiones sobre la clase obrera en torno a un artículo de Milcíades Peña”; F. Bianchini y C. Salomone, “Las desventuradas relaciones entre la izquierda y la clase obrera: el caso Peña”; P. Bonavena, “Notas sobre el artículo de Milcíades Peña ‘El legado del bonapartismo: conservadurismo y quietismo en la clase obrera argentina’”; M. C. Cotarelo y F. Fernández, “La lucha del movimiento obrero en un momento de proscripción política: Las ocupaciones masivas de fábricas de 1964”; J. L. Hernández, “Marxismo y clase obrera: algunas notas sobre un texto de Milcíades Peña”; E. Sartelli, “Prospecciones políticas y profecías complacientes. Una evaluación de ‘El legado del Bonapartismo...’ de Milcíades Peña”; P. Pozzi, “Peña, peronismo y clase obrera”.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 70, énfasis de HT.

<sup>116</sup> *Ibid.*, p. 80.

Ya hemos documentado cómo esta organización contribuyó a fabricar el mito de un intelectual pequeñoburgués que, incapaz de asumir un auténtico compromiso militante, se aleja de la praxis política para escribir una versión de la historia argentina cuya inspiración se debería, en lo fundamental, a Nahuel Moreno.<sup>117</sup> Existe un curioso testimonio de un viejo militante morenista que volcó al papel el conjunto de los mitos que cohesionaron durante décadas a esa organización. En esta verdadera versión mitológica de su propia historia, Horacio Lagar sostiene que el problema no era para Peña terminar de romper con un modelo de pensamiento y de práctica política, sino que se trataba de una cuestión “privada”, de sus límites y contradicciones personales: “él no sufría por ‘la necesidad de superar las limitaciones teóricas del marxismo cristalizado’ [...], sino esencialmente por la constatación diaria de sus propias contradicciones y limitaciones personales”.<sup>118</sup>

En apoyo de su afirmación, Lagar nos ofrece su propio testimonio:

Me encontré con Milcíades Peña poco antes de su muerte. Largos años de recuerdos comunes, evocaciones, bromas, y la pregunta inevitable: ‘¿Qué pasaba entre él y el partido?’. Su respuesta me reveló un Peña tan profundo y talentoso como el que había conocido:

—Yo soy el trotskista de siempre, y me siento miembro del partido que me educó como revolucionario. No milito porque no soporto más el esfuerzo y la disciplina. Eso es todo...

Y remata Lagar más abajo: “Siento ahora la obligación de dar testimonio de aquellas palabras, porque las considero el verdadero Testamento Político de Peña”.<sup>119</sup>

No deja de resultar significativo del propio lugar de enunciación de Lagar (el “adaptado”) que una (presunta) confesión de impotencia personal de “adaptación” pueda presentarse como un *desideratum* de “profundidad”, de “sabiduría”, hasta convertirla en un legado para las futuras generaciones... Pero retengamos, antes que nada, el esfuerzo puesto en “despolitizar” y al mismo tiempo “personalizar” el asunto Peña, en desconocer los numerosos testimonios orales y escritos de una conflictiva ruptura política para poner el acento en sus limitaciones privadas, en tanto “intelectual pequeñoburgués”.

Señalemos también que esta mitología morenista trascendió sus propias filas: el mismo Jorge Enea Spilimbergo remarcaba hace muchos años que Peña “se retiró de Palabra Obrera *sin romper políticamente con ella*”, manteniendo con Moreno “una suerte de división del trabajo” por la cual Moreno llevaba adelante a la praxis política y Peña quedaba como el depositario de la “doctrina pura”. Como resultado de esta “rara simbiosis”, **Fichas** no era más que “una amplificación o una repetición de las lucubraciones morenianas, puestas en pretencioso lenguaje erudito y estadístico, sin consistencia marxista, pero grato al paladar de los sociólogos e investigadores de mercado norteamericanos”.<sup>120</sup> Tiempo después, Osvaldo Coggiola vino a repetir la mitología de un Peña que, tras su desvinculación con la organización morenista, se mantuvo “políticamente solidario con ella”.<sup>121</sup>

Después de haber seguido atentamente el itinerario político-intelectual de Peña no sólo sobre la base de testimonios directos de sus amigos y compañeros de militancia, sino también sobre una base documental firme, mostramos en **El marxismo olvidado en la**

---

<sup>117</sup> Horacio Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina**, *op. cit.*

<sup>118</sup> Horacio Lagar, **Testimonios de la primera década (Acumulación primitiva partidaria)**, mimeo del autor, agosto de 1988, p. 97. Un extracto de esta sección fue publicado como carta de lectores en **El Periodista de Buenos Aires** n° 79, Buenos Aires, marzo de 1986, en la que el autor —firmando con su seudónimo de H. Valencia— discute con nuestra interpretación del legado de Peña avanzada en el mismo semanario.

<sup>119</sup> Horacio Lagar, **Testimonios de la primera década**, *op. cit.*, pp. 97-99.

<sup>120</sup> Jorge E. Spilimbergo, **El socialismo en la Argentina**, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969, pp. 327-331, subrayado de JES.

<sup>121</sup> Osvaldo Coggiola, *op. cit.*, vol. 1, p. 9. Coggiola se equivoca cuando señala que “Peña sólo criticaría públicamente al morenismo en un artículo póstumo, publicado cuando ya se había suicidado” (p. 9), ya que si se refiere a “Quietismo y conservadurismo...”, éste fue publicado en vida de Peña. Por otra parte, Coggiola parece desconocer la etapa de Peña en el grupo “Liberación”, y particularmente sus “16 tesis sobre Cuba”.

**Argentina** (1996) que para fines de la década de 1950 y comienzos de la siguiente Peña había consumado su crítica a la vieja izquierda, incluida la izquierda morenista. Señalamos en aquel libro que su ruptura con ésta no fue fácil, sino dolorosa; y dado que no fue un proceso lineal sino sometido a marchas y contramarchas, no puede datarse en un mes ni año preciso. Sin embargo, las tensiones dentro del partido por su condición de “intelectual pequeñoburgués”, las diferencias políticas que se inician con la caracterización de la Revolución boliviana y llegan a su agudización con la Revolución cubana, su participación en el Grupo “Liberación” y, finalmente, este balance crítico de la izquierda en la etapa de **Fichas**, marcan momentos sucesivos de esta ruptura.

Remarquemos, de todos modos, que fue éste un largo e intrincado proceso, que, en los años 50, se caracterizó por una serie de idas y vueltas, de acuerdos y desacuerdos entre Peña y la organización morenista. Debe tenerse en cuenta, para comprender este penoso proceso, que Peña, como cualquier integrante de un grupo humano del que busca separarse, debió necesitar de cierto tiempo para elaborar afectivamente su separación del grupo que lo había iniciado en la práctica política, que había funcionado como familia sustituta, donde había hecho amistades fraternales y encontrado en la figura de su líder Nahuel Moreno una imagen paterna, figura que proyectaba sobre Milcíades las luces de un rol protector y tutorial al mismo tiempo que las sombras de una amenaza filicida. Romper con el morenismo era arrancarse de todo ese universo, al mismo tiempo político y afectivo, continente y amenazante. Era un proceso intelectual de ruptura política pero era sobre todo un proceso interno, afectivo, de separación y autoafirmación. Era matar a Hermes Radio para que terminara de emerger Milcíades Peña.

En este difícil proceso político-subjetivo, debe considerarse la presión emocional que en estos casos suele ejercer el propio grupo, que habitualmente funciona bajo la forma de una dual: la de descalificar al que se aleja (que pasa a ser el excluido, el paria, el vencido, el “fundido”...) y la de culpabilizarlo manteniéndolo de algún modo sujeto a la organización bajo una forma subalterna (como “solidario”, “colaborador”, “cotizante”, invitado a los grandes eventos, etc.). Casi todos los miembros que dejan la organización pasan mucho tiempo, a menudo varios años, por esa suerte de purgatorio de la militancia, en un costoso tironeo entre el superyó partidario y su afirmación autonómica. Según las situaciones o el interlocutor que encuentren durante ese período de duelo,<sup>122</sup> volcarán sobre la organización su faz crítica o su faz culposa. De ahí que resulte plausible una situación como la que revela la anécdota relatada por Lagar, en que la Peña, ante un viejo camarada, inhibe sus diferencias críticas y exhibe una racionalización culposa. Lo que resulta poco confiable es la fecha en que Lagar la data: días antes de su suicidio. Si tenemos en cuenta todo lo que escribió Peña contra el morenismo, especialmente entre las “16 tesis sobre Cuba” y “El legado del bonapartismo”, además de numerosos testimonios directos, sería mucho más plausible pensar que a Lagar en este punto su memoria lo traiciona y que el episodio debe ser ubicado a fines de los años ‘50.

Pero la anécdota que trae Lagar no es inocente. Viene a postular que el verdadero legado revolucionario nunca es teórico sino político-organizativo: es el Partido. Y éste, razona Lagar, lo forjó trabajosamente Moreno al frente de un núcleo de valerosos militantes. Peña sólo contribuyó marginal y transitoriamente a su construcción. En palabras de Lagar: “creo que valorar biográficamente la personalidad de Peña, o de cualquier otro revolucionario, es tarea indisolublemente ligada a la concepción que se tenga de la necesidad del partido en este período de la humanidad, y de la importancia que se le asigne a su construcción”.<sup>123</sup> Lagar escribía estas líneas en 1988, cuando Peña era apenas el recuerdo de un intelectual malogrado y Moreno (fallecido en 1986) era la presencia colosal de una organización trotskista que soñaba convertirse en partido de masas. El verdadero legado,

---

<sup>122</sup> Sigmund Freud, “Duelo y melancolía” (1917), en **Obras completas**, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, t. XIV.

<sup>123</sup> Horacio Lagar, *op. cit.*, p. 97.



razonaba Lagar, lo había dejado Moreno. Pero el andar de aquellos pocos años, con la crisis política y la diáspora del MAS, mostró el revés de la trama: la fragilidad de las organizaciones cuando carecen de sustento político y la importancia capital de la teoría como momento imprescindible de la praxis política.

Sin embargo, los mitos son pertinaces. Hace poco tiempo una revista nueva y al mismo tiempo muy antigua volvió a romper lanzas a propósito del “caso Peña” con mi libro **El marxismo olvidado en la Argentina**. En aquella obra, cuyas líneas generales he reiterado aquí, me había formulado mostrar dos cuestiones: por una parte, poner en evidencia en qué medida el campo académico que se reconstituyó en la posdictadura se había nutrido, a menudo sin las referencias correspondientes, de los desarrollos y los debates que había anticipado un campo intelectual rico y productivo, hegemonizado por las izquierdas. Por otra parte, discutía allí con las izquierdas organizativas pues para sacar a Milcíades Peña de la jaula de hierro en que lo había encerrado el relato morenista y ponerlo en circulación ante un público sustancialmente más amplio, debía mostrar el esfuerzo que había implicado para este joven (así como para otras figuras intelectuales de la nueva izquierda) sacudirse el yugo de la tutela partidaria. Sin duda, argumentaba allí, que una figura intelectual como Juan Carlos Portantiero era inconcebible sin Héctor P. Agosti y su intento frustrado de renovar al comunismo intelectual argentino; Ernesto Laclau era impensable sin Jorge Abelardo Ramos<sup>124</sup> y la “izquierda nacional”, y Milcíades Peña no podría comprenderse sin su formación juvenil en el morenismo.<sup>125</sup> Sin embargo, cada uno de ellos se constituyó como intelectual público en la medida en que logró no sólo asimilar el legado de su maestro sino también romper con él y con la organización que si antes lo cobijaba, ahora lo constreñía. Los intelectuales de izquierda de los años 1960 y 1970 lograron alcanzar cierto grado de autonomía en la medida en que lograron construir sus propias formaciones intelectuales independientes, establecer lazos de consagración horizontal con otros intelectuales jóvenes y lanzar revistas capaces de disputar en rigor y creatividad con las revistas partidarias.

A la izquierda partidaria, protopartidaria o imagopartidaria todavía le cuesta comprender una ecuación tan sencilla y ya cuasi evidente. Omar Acha me ha hecho el honor de atribuirme esta teoría de la autonomización de los intelectuales, aunque debo decir, muy a mi pesar, que no soy su inventor, sino que fue formulada hace medio siglo por un sociólogo francés llamado Pierre Bourdieu.<sup>126</sup> Dicha izquierda la ha emprendido en el último tiempo contra la tan trabajosamente ganada autonomía intelectual —incluso sin dejar de disfrutar de sus privilegios académicos. Parece haber descubierto repentinamente las deudas que el campo académico de las últimas décadas tiene contraídas con las obras producidas en el campo político de las izquierdas en las décadas de 1950, 1960 y 1970, y ha puesto un empeño, acaso digno de mejor esfuerzo, en documentarlas puntillosamente.

Señalaba en mi libro de 1996: “Laclau se destacó en el extranjero con una teoría del populismo que, acudiendo a un sofisticado aparato intelectual ajeno a sus ex camaradas, hundía sus raíces en ciertas tesis de la ‘izquierda nacional’”.<sup>127</sup> Veinte años después, en el país del *como si*, Omar Acha presenta la tesis de que la teoría del populismo de Laclau es

---

<sup>124</sup> Horacio Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina**, *op. cit.*, pp. 18-19.

<sup>125</sup> Hernán Camarero, “El período formativo de un intelectual: Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1950”, en **Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda** n. 3, septiembre 2013, pp. 9-34.

<sup>126</sup> V. Omar Acha, “Del populismo marxista al postmarxista: la trayectoria de Ernesto Laclau en la Izquierda Nacional (1963-2013)”, en **Archivos** n° 3, Buenos Aires, septiembre 2013, p. 70. En su esfuerzo por convertir mi análisis sociohistórico situado en un “teorema” de validez universal, Acha me atribuye una dicotomía entre lo colectivo y lo “individual” inhallable en mi texto. Según este autor, mi tesis consistiría en afirmar, en general, “la eficacia represiva de las estructuras partidarias tradicionales de la izquierda argentina respecto de la creatividad intelectual individual”. Podrá objetarse lo que se quiera en **El marxismo olvidado** pero difícilmente pueda demostrarse que los intelectuales han sido tratados allí como faros de creatividad individual por fuera de la trama de las organizaciones políticas, las formaciones intelectuales y las redes revisteriles que los constituyen.

<sup>127</sup> Horacio Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina**, *op. cit.*, pp. 18-19.

deudora de las nociones avanzadas por Jorge Abelardo Ramos, *como si* yo no hubiera sostenido eso mismo ...sino todo lo contrario!

Por otra parte, consagré en **El marxismo olvidado en la Argentina** más treinta páginas de tipografía menuda a documentar los esfuerzos llevados a cabo en la década de 1950 por una pequeña organización política como el Grupo Obrero Marxista (GOM) por conceptualizar la formación social argentina a través de estudios, cursos, documentos y artículos, cuyas “orientaciones —escribí entonces— serán el punto de partida que Peña reelaborará y sustentará con pasión a lo largo de los años de su corta pero intensa vida”.<sup>128</sup> Sin embargo, sostuve allí que Peña no se limitó a darle formato académico a las tesis morenitas, sino que las reformuló y desarrolló con un aparato conceptual y unas referencias teóricas que excedieron con creces el universo partidario, al punto de cuestionarlo en ciertos núcleos claves, como el obrerismo y el fatalismo histórico. Sorprende en pleno siglo XXI que esta afirmación del intelectual de izquierdas respecto del encorsertamiento partidario siga produciendo resistencias. Una vez más, en el país del *como si*, Hernán Camarero presentaba en el año 2013 un estudio sobre la filiación morenista de Peña *como si* dicho proceso de formación hubiera sido omitido en mi estudio y fuera sustentado por él por primera vez.<sup>129</sup>

Sin embargo, la historiografía argentina debe reconocerle un mérito. Camarero se ha esforzado hasta tal punto en contrapesar el Milcíades Peña independiente de la revista **Fichas** con el joven Peña militante de la organización morenista, que documentó escrupulosamente lo que en mi relato de **El marxismo olvidado** era todavía una afirmación sostenida en testimonios orales: en 1955 la dirección de morenista le había exigido al camarada Hermes Radio no sólo el cese de cualquier colaboración intelectual con Silvio Frondizi, sino incluso la redacción de una denuncia pública del autor de **La realidad argentina** como intelectual “centrista” y “pequeñoburgués”. Camarero nos muestra empeñosamente cómo Peña venció sus reticencias iniciales y en ese marco escribió, finalmente, por *diktat*, “Profesores y revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi”, el folleto que citamos inicialmente.<sup>130</sup> Pero lo más interesante de la demostración de Camarero no es tanto la sujeción de Peña a los mandatos de la organización a mediados de la década de 1950, como las mismas prácticas de control, disciplinamiento y castración que era capaz de ejercer sobre sus militantes una pequeña organización como la morenista. Paradójicamente, el episodio parecía confirmar el aserto de Silvio Frondizi según el cual las prácticas stalinistas, aunque en una escala menor, no eran privativas del universo comunista.<sup>131</sup> En su faz más mezquina, los trotskistas podían llegar a funcionar como stalinistas sin poder.

Pero volvamos a Milcíades Peña. El otro testimonio de que su suicidio no obedeció a una decepción política es la nota que deja a sus compañeros del equipo de **Fichas**. Escrita nerviosamente en lápiz sobre un pequeño trozo de papel y pinchada en el pizarrón de su

---

<sup>128</sup> V. **El marxismo olvidado en la Argentina**, *op. cit.*, pp. 108-120, 304-310, 353-365.

<sup>129</sup> “Ya señalamos la importancia de la deuda de Peña con Moreno y la corriente morenista: si bien Peña era un adolescente sumamente intelectualizado y politizado cuando llega al GOM, es en este grupo cuando por primera vez milita en una organización de tipo leninista, que se forma en el programa del leninismo y el trotskismo, que aprovecha el período de mayor esfuerzo de esta corriente por estudiar la historia y la estructura social argentinas. Peña nunca desconoció esta deuda, como lo testimonian las escrupulosas referencias bibliográficas a ignotos artículos de **Frente Proletario**, especialmente para el período de la historia argentina que va de 1930 a 1950”. H. Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina**, *op. cit.*, p. 307; “Es en los análisis sobre el peronismo donde la deuda de Peña con Moreno y el grupo morenista se hace más presente. Peña parte del *background* del morenismo, un producto de quince años de experiencias, debates, documentos y artículos publicados en **Frente Proletario** y en **La Verdad**, algunos de ellos de su propia autoría”, *ibíd.*, p. 286; “Esta organización no podía tolerar, a riesgo de poner en cuestión su propia cohesión, que Peña hubiera desarrollado lo mejor de su obra teórica al margen de ella, en tensión con ella y, finalmente, más allá de ella (dicho sea esto sin negar la deuda teórico-política de Peña con la corriente que lo formó en el programa trotskista)”, *ibíd.*, p. 305.

<sup>130</sup> Hernán Camarero, “El período formativo de un intelectual...”, *op. cit.*, pp. 19-26.

<sup>131</sup> Silvio Frondizi, Prólogo a Marcos Kaplan, **Economía y política del petróleo argentino**, Buenos Aires, Praxis, 1957, 1957, pp.9-10.

oficina, decía escuetamente: “Leer LT, **Diary in Exile**, ed. Harvard, p. 167, leer ‘psyquical’ donde dice ‘physical’ ”. Encima de su escritorio sus amigos descubrieron el libro indicado, una vieja edición inglesa de textos de Trotsky y en la página correspondiente dieron con el **Testamento** del viejo revolucionario. Al leerlo, pudieron desentrañar la clave del mensaje:

Agradezco calurosamente a los amigos que me siguieron siendo leales en las horas más difíciles de mi vida. No nombro a ninguno en especial porque no puedo nombrarlos a todos.

Sin embargo, creo que se justifica hacer una excepción con mi compañera, Natalia Ivanovna Sedova. El destino me otorgó, además de la felicidad de ser un luchador de la causa del socialismo, la felicidad de ser su esposo...

Fui revolucionario durante mis cuarenta y tres años de vida conciente y durante cuarenta y dos luché bajo las banderas del marxismo. Si tuviera que comenzar todo de nuevo trataría, por supuesto, de evitar tal o cual error, pero en lo fundamental mi vida sería la misma. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico, un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es menos ardiente, aunque sí más firme, que en mi juventud...

...me reservo de decidir por mi cuenta el momento de mi muerte. El 'suicidio' (si es que cabe el término en este caso) no será, de ninguna manera, expresión de un estallido de desesperación o desaliento. Natalia y yo dijimos más de una vez que se puede llegar a tal condición psíquica [original: “física”] que sea mejor interrumpir la propia vida o, mejor dicho, el proceso demasiado lento de la muerte... Pero cualesquiera que sean las circunstancias de mi muerte, moriré con una fe inquebrantable en el futuro comunista. Esta fe en el hombre y su futuro me da aún ahora una capacidad de resistencia que ninguna religión puede otorgar.<sup>132</sup>

---

<sup>132</sup> León Trotsky, “Testamento”, en **Escritos**, Bogotá, Pluma, 1976, tomo XI, vol. 1, pp. 216-217.